

PREMIO FUNDACION DE LA CIUDAD DE MATANZAS . 2021

*Urbano Martínez Carmenate*

FRAY CANDIL  
LA PLUMA DEL DIABLO

**PREMIO FUNDACIÓN DE LA  
CIUDAD DE MATANZAS  
2021**

**Urbano Martínez Carmenate**

# **Fray Candil: la pluma del diablo**

COLECCIÓN

LA HUELLA DIGITAL



**EDICIONES MATANZAS**

### **SOBRE EL LIBRO:**

Este libro no se propone defender lo que hay de indefendible en la obra de Fray Candil, sino rescatar la imagen y personalidad de uno de los intelectuales cubanos más polémicos de su época, talentoso y chispeante, capaz de impresionar a José Martí con su escritura. Su caso resulta curiosísimo: es uno de nuestros creadores más vilipendiados. No puede decirse que en Cuba sea Emilio Bobadilla un escritor olvidado, pero sí un desconocido (lo cual suele ser más triste).

### **SOBRE EL AUTOR:**

**URBANO MARTÍNEZ CARMENATE**

**(Cárdenas, 1953)**

Licenciado en Lengua y Literatura Hispanoamericana por la Universidad de La Habana. Miembro correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Premio Nacional de Historia 2022. Sus últimos títulos publicados por Ediciones Matanzas son *La ciudad ilustrada. Matanzas 1899-1902* (2018) y *Oscar María de Rojas, padre de la museología cubana* (2020). Su libro *La primera ocupación norteamericana en Matanzas 1899-1902* (Ediciones Aldabón, 2020) obtuvo el Premio de la Crítica Histórica José Luciano Franco 2021.

## **JURADO:**

**MARIO JUAN VALDÉS NAVIA**

**CARIDAD CONTRERAS LLORCA**

**DIANELYS GÓMEZ TORRES**

Edición y corrección: *Dianelys Gómez Torres*

Perfil de colección y diseño: *Johann E. Trujillo*

Emplane: *Leonel Betancourt Álvarez*

Diseño digital: *Náthaly Hernández Chávez*

© Urbano Martínez Carmenate, 2021

© Sobre la presente edición:

Ediciones Matanzas, 2021

ISBN

Ediciones Matanzas

Casa de las Letras Digdora Alonso

Calle Santa Teresa no. 27 e/ Contreras y Manzano. Matanzas

edicionesmatanzas.wordpress.com

e-mail: edicionesmatanzas@atenas.cult.cu

www.facebook.com/edicionesmatanzas

t.me/edicionesmatanzas

www.instagram.com/edicionesmatanzas

twitter.com/edicionesmatanzas

[www.cubaliteraria.com](http://www.cubaliteraria.com)

*Para Eidan, mi sobrino,  
el más inteligente de los Martínez  
en el transcurso de cuatro generaciones.*

## AGRADECIMIENTOS

Este libro se escribió en el momento en que Matanzas era el epicentro de algo monstruoso denominado COVID-19. Esto me creó muchas dificultades. Las instituciones culturales habían cerrado sus puertas y, por justificada precaución, amigos y familiares no permitían visitas. Pese a todo, muchos me apoyaron en esta empresa. Lo agradeceré siempre.

Carlos Torrent Molina y Alain Orestes Rodríguez Roque me ofrecieron, excepcionalmente, servicio en el Archivo Histórico Provincial de Matanzas.

En la Biblioteca Gener y Del Monte, Caridad Contreras Llorca y Leisdha Lorenzo Labrada atendieron gentilmente todas mis solicitudes.

En el Centro de Información y Documentación del Museo Provincial Palacio de Junco, Olga Lydia González Monguía y Marianela Ríos se esmeraron en localizarme los materiales que solicité.

A Leymen Pérez le debo informaciones y sugerencias interesantes relacionadas con la presencia del personaje estudiado en la prensa habanera del siglo XX.

Mireya Cabrera Galán me hizo llegar valiosas publicaciones digitalizadas que documentan la labor periodística de Emilio Bobadilla.

Cira Romero, desde su casa habanera, se mantuvo pendiente de todo y subsanó mis dudas y carencias bibliográficas.

Ulises Expósito Suárez hizo un gran esfuerzo para conseguirme lo que parecía casi imposible de obtener en una ciudad sitiada por la pandemia: el texto de la novela *En pos de la paz*, última obra narrativa publicada por Fray Candil.

Leonel Capote, desde España, me remitió documentos importantes que me eran necesarios para concluir este libro.

Aramís Milán Palomo fue colaborador infatigable en las búsquedas periódicas.

Sergio Martínez y Leo Silva Vega trabajaron en las ilustraciones.

Gracias.

MEFISTÓFELES. Soy un espíritu que continuamente estoy negando la esencia de las cosas, y no me falta razón, en parte, porque todo lo que existe, al fin y al cabo, es una mentira que se convertirá en polvo y que, para llegar a este resultado hubiera sido preferible que no hubiese existido jamás. En una palabra, lo que vosotros llamáis pecado y destrucción, y más especialmente mal, es el elemento que me constituye.

FAUSTO. Tú me das solamente el nombre de una parte de tu ser a pesar de que te presentas entero a mi vista.

MEFISTÓFELES. Os digo la pura verdad. Si el hombre, ese ente extravagante, cree componerse de un todo, yo, pues, me compongo únicamente de una parte, de la parte que en un principio era un todo; me compongo de una parte de las tinieblas que engendraron la luz, esa luz altanera que al presente disputa a su madre la noche, su antiguo rango y el espacio [...].

FAUSTO. Ahora conozco las funciones que desempeñas. Como nada puedes destruir en conjunto, procuras aniquilar la parte.

MEFISTÓFELES. Y francamente, no he adelantado bastante en mi propósito, a pesar de lo mucho que he trabajado. Cuanto más me empeño en destruir al mundo, más chasqueado me quedo; hay en él la realidad, enemiga acérrima de la nada, que le protege, y con todos mis esfuerzos solo puedo alcanzar que se agiten los mares, que se desencadenen tempestades y que se desarrollen incendios; [...] ¡nada puedo con este maldito semillero de hombres y animales!

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE, *Fausto*

...cubano famoso por el desembarazo de su pensamiento.

...en pocas lenguas hay quien pula el pensamiento, y lo respete y lo agrupe, con el brío y cuidado con que talla su castellano franco y rumoroso, Emilio Bobadilla.

JOSÉ MARTÍ, *Patria*, 1894

Usted es, ante todo, quien es, y pertenece del todo a su tiempo: un escudriñador de almas, un excavador de profundidades nuevas, un explorador de abismos.

JOSÉ MARÍA DE HEREDIA GIRARD, carta-prólogo  
a *Vórtice*, 1902

En la prosa yo no veo a nadie, fuera de Martí, que tuviera igual nerviosidad, igual flexibilidad y, sobre todo, igual poder de evocación. Y ha sido el único de nuestros escritores que ha tenido el valor de hablar siempre en primera persona de indicativo, narrándonos las aventuras de su espíritu en una forma desenfadada y personal sin fatigarnos ni aburrirnos.

JOSÉ DE LA LUZ LEÓN, *El Mundo*, Habana, 1925

Espíritu áspero, agresivo, mordaz, desenfadado. Y muy culto y con un sentido finísimo de la crítica. Sacudía sarcasmos con la pluma mojada en hiel o en leche agriada, a diestro y siniestro, sosteniendo ruidosas polémicas periodísticas con numerosos escritores de todas partes. Su sátira era como una risotada rabelesiana.

FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES, *Ensayo  
de un diccionario de la literatura*, 1964

No sé fingir, y mucho me holgara de ser hipócrita y ladino que, al fin, la vida no es otra cosa que una mascarada y no es bien de llevar la cara descubierta y el corazón en la mano.

FRAY CANDIL, *Escaramuzas*, 1888



## Preámbulo

Este libro no se propone defender lo indefendible en la obra de Fray Candil. Si alguien tuviera dudas con respecto a lo que digo, que repase los capítulos II y III, donde trato la parte escabrosa del crítico y documento los hechos con las réplicas de colegas suyos, como Manuel de la Cruz o Manuel Sanguily, que supieron devolverle los latigazos, cada cual a su manera. No es la exculpación lo que procuro con este texto, y sí rescatar la imagen y personalidad del intelectual cubano, talentoso y chispeante, capaz de impresionar a José Martí con su escritura. No puede decirse que en Cuba sea él un escritor olvidado, pero sí un desconocido –lo que a veces suele ser más triste.

Su caso resulta curiosísimo. Es uno de nuestros creadores más vilipendiados. Rufino Blanco Fombona lo acusó de plagario, llamándolo peyorativamente «temperamento gruñón, alma de pedagogo». Eduardo Zamacois lo denigró, no solo como autor –«escritor de cortos conocimientos y de verbo pobrísimo»–, sino también como «mala persona».

Sin embargo, esas manifestaciones negativas pierden mucha competencia cuando se leen los juicios que sobre él emitieron Azorín o Benito Pérez Galdós, en España; José María de Heredia Girard en Francia o la revista londinense *The Atheneum*, que lo consideró «por el giro de su pensamiento, por la concisión y brillantez de estilo, tan lejos de la prosa solemne y a veces hueca de los escritores españoles, el espíritu más original, tal vez, de cuantos cultivan en la actualidad las letras caste-llanas».

En el año 2021 se cumplió un siglo de la muerte de Fray Candil y en el 2022 es el 160 aniversario de su nacimiento en Cárdenas. Son ocasiones propicias, si no para celebraciones pomposas de las que él acostumbraba a burlarse –en esto recuerda a su compatriota y coterráneo Virgilio Piñera–, al menos para enaltecerlo con un estudio sobre su obra que contribuya a redescubrirlo, a reivindicarlo.

Este ensayo aspira a aproximarlos a los lectores, al pueblo que él nunca negó; y no solo como el crítico vapuleador –pueril a veces, injusto otras–, tan temido por todos, sino también como el narrador y poeta que en su tiempo generó, a la par que enconados rencores, sinceros elogios, orgullo para Cuba.

EL AUTOR

# CAPÍTULO I

## TODOS UN MITO: EL ESCRITOR Y EL HOMBRE

*Nací en época aciaga,  
y ruidos de cadenas  
mi niñez arrullaron  
y dieron vida a mis  
primeras penas.*

*Vórtice, 1902*

# 1

Fray Candil vino al mundo en 1883; pero casi dos décadas atrás, el 24 de julio de 1862, nació un niño al que llamaron Emilio Bobadilla Lunar, hijo de un matrimonio de origen habanero: José Sixto y Adelaida. Unos años antes, la pareja se había aposentado en este punto geográfico donde ahora les llegaba el primer varón: San Juan de Dios de Cárdenas, situado en terrenos pantanosos de la costa norte occidental cubana. Era entonces una población muy joven. Hacendosos vecinos de la comarca la habían fundado en 1828 con gran esfuerzo, tras batallar en medio del fango y los manglares, hasta levantar almacenes, chozas y terraplenes que les posibilitaron comunicarse con otros parajes. Pero, sobre todo, salir hasta el mar y ganarse un puerto para legitimar el comercio, lo más promisorio para quienes se enfrentaron a la naturaleza en aras de hacerse espacio, apartando mosquitos, jejenes, niguas y cangrejos en un escenario inhóspito, insalubre.

Sin embargo, Cárdenas fue una de las localidades coloniales del siglo XIX que mostró un rápido progreso y esto se debió al desarrollo económico impetuoso de su entorno. En 1840 contaba ya con el segundo ferrocarril de la Isla, después del tramo Habana-Güines. Cuatro años más tarde se inaugura una filial de la Diputación Patriótica capitalina. En 1851 ocurren aquí tres sucesos significativos: en mayo, la fracasada expedición separatista que organizó y dirigió Narciso López –doce horas aquel paraje con la bandera española arriada–; en agosto, la salida del *Boletín Mercantil*, primer periódico local; y en diciembre la sorpresa de una Real Orden que le concedía el título de villa. En esa época, el territorio se veía rodeado de numerosos ingenios. Los pobladores contaban con varias escuelas para educar a sus hijos, la sociedad de instrucción y recreo La Filarmónica y un teatro –El Salón– que ofrecía funciones desde 1840.

En octubre de 1859 se llegó hasta la urbe Ramón de La Sagra. Tras palpar los adelantos de la comarca en lo tocante a cultivos, construcciones y avance intelectual, confesó que su estancia de algunos días había sido «una especie de encanto incesante». Meses más tarde asume el gobierno local Domingo Verdugo, a quien

acompaña su esposa, Gertrudis Gómez de Avellaneda. En casi un trienio de mandato, suceden en la población algunos hechos significativos: se fundan la sociedad El Siglo y el colegio El Progreso; se construye un espacioso hospital y se inaugura una estatua consagrada a Cristóbal Colón, la primera en Hispanoamérica, según los historiadores regionales.<sup>1</sup> Para entonces, llevaba un tiempo establecido allí el señor José Sixto Bobadilla, tras haberse graduado en Derecho en 1853. Cuando en 1857 se organiza el Banco de Crédito Mercantil, la directiva lo designa secretario. Seguirá progresando sostenidamente en aquel ámbito: concejal del Ayuntamiento en 1862, alcalde mayor en 1865...

En 1866, Cárdenas recibe el título de ciudad. Pero no todo marcha bien con las autoridades representativas de la monarquía española. En ese mismo año, Bobadilla se incluye entre los miembros del cabildo que firman una protesta contra el capitán general por sus arbitrarias disposiciones con respecto a la elección de delegados a la Junta de Información. Tres años después era deportado de la Isla y marchaba al exilio con su familia, acusado de infidelidad a la corona en ese complejo 1869. Junto a Miguel Bravo Sentiés y otros patriotas ha estado conspirando en contra de la metrópoli y a favor de los rebeldes alzados en armas desde el 10 de octubre de 1868. Una disposición posterior le embarga los escasos bienes adquiridos con el producto de su labor jurídica: 3 casas y 27 acciones, repartidas entre la Compañía de Alumbrado de gas y un proyectado nuevo teatro. Cuando se aleja forzosamente de la localidad, su hijo Emilio apenas llega a los siete años.

---

<sup>1</sup> Los historiadores locales la consideran una de las tantas primicias del territorio. Pero Daneris Fernández, en su *Historia del teatro Sauto*, plantea que la estatua situada en el parque trasero de dicho coliseo, fue colocada allí poco antes de la de Cárdenas; suceso apenas divulgado entonces, porque el propósito era, precisamente, adelantarse a la ciudad rival.

## 2

Casi una década de extrañamiento: primero en Baltimore, Estados Unidos, de paso; después en Veracruz, México, donde el infeliz letrado contó con buena acogida, revalida su título y puede ejercer la profesión. El fin de la guerra propicia el retorno y se instalan en La Habana. El padre abre bufete y más adelante consigue una plaza de profesor auxiliar en la Facultad de Derecho en la entonces ya sesquicentenaria Universidad. El hijo terminará su bachillerato en el colegio San Anacleto en 1878 y no pierde oportunidad: en la misma fecha logra matrícula para estudios superiores. No le interesa mucho la carrera jurídica, pero al escogerla complace a su progenitor, por quien siente una muy especial devoción. El tiempo se encargará de demostrarle a todos que aquel temperamento fogoso no era lo más adecuado para manejar códigos, interpretar leyes e impartir justicia. Su expediente de alumno casi nunca mostró una nota de sobresaliente en las materias principales del ramo. En 1887, aún sin ganarse el diploma de licenciado, se alejaría de la patria para conseguir el título en Madrid.

Lo que en verdad seducía a Emilio eran el periodismo y la literatura. En la biblioteca de José Sixto y con la orientación de este, adelantó bastante en sus lecturas. Su tutor en ese sentido no solo se consideraba figura inteligente dentro de la judicatura. En su primera juventud, con apenas veinte años, publicó en la imprenta de Barcina *Elementos de Gramática Castellana, arreglada para el uso de los niños*, un folleto de 82 páginas que debió ser muy útil en ese momento: 1846. Un *Tratado Elemental de Prosodia y Ortografía* sacó a la luz pública en 1847. Son manuales que no se conservan en bibliotecas de la Isla, según confesiones de quienes los han procurado con el ánimo de analizar alcance y aportes. Pero es evidente que entonces no cualquiera se ocupaba de esas ciencias en la Colonia, cuyos centros de enseñanza preferenciaban los textos de autores españoles.<sup>2</sup> Tampoco todos los letrados conseguían insertar artículos en el *Faro Industrial de La Habana* y de él se han

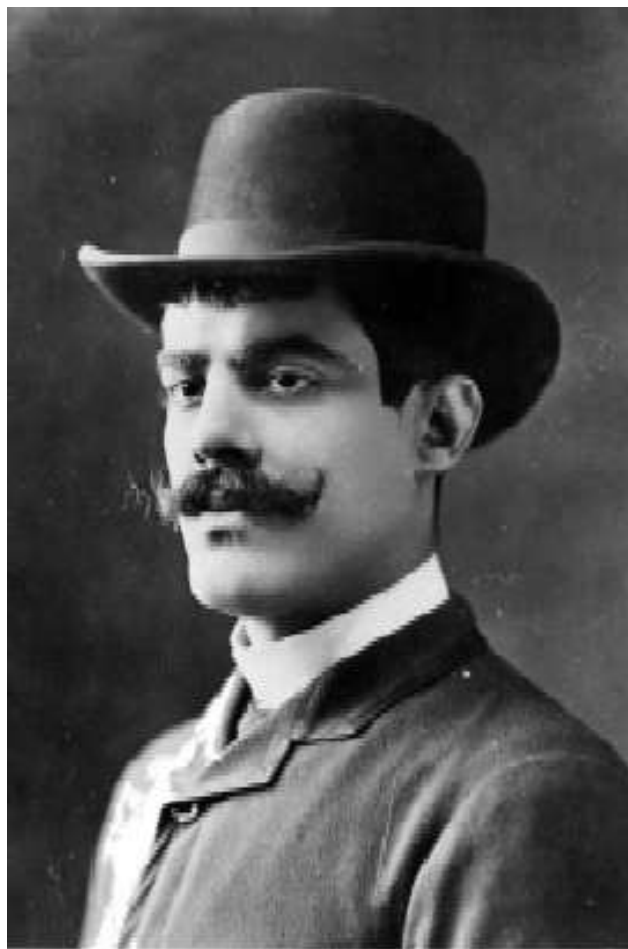
---

<sup>2</sup> Trelles recoge ambos títulos en el tomo tercero de su *Bibliografía Cubana del siglo XIX*. El primero lo publica José Sixto en coautoría con Claudio Sáenz, emigrante español. Agrega el bibliógrafo sobre la obra: «Fue elogiada y dio lugar a una animada polémica».

localizado trece colaboraciones; además, unos versos en *El Almendares*, semanario que redactaban Ildefonso Estrada y Zenea y su primo, el poeta Juan Clemente, en 1852.

De manera que las inclinaciones literarias del padre fueron guía y ejemplo para las aventuras escriturales del hijo. Las otras ventajas estarían en el ámbito de las relaciones sociales. A muy temprana edad asistía el joven a las veladas del Liceo de Guanabacoa, en cuya tribuna alcanzó a escuchar el verbo fulminante de José Martí. Su inquietud lo condujo a participar ocasionalmente en tertulias capitalinas, como aquella que lideraba José Antonio Cortina en la redacción de la *Revista de Cuba*, la que se reunía en casa del Dr. José María de Céspedes o la que se desarrollaba en el café Europa con la participación de intelectuales emergentes como Alfredo Martín Morales. Esos intercambios culturales fueron preparándolo, ensanchando sus capacidades y encaminándolo por la senda preferida por él, a la vez que lo apartaban de los estudios centrados en el Derecho.

Entre las amistades suyas y las del padre se sentía impulsado hacia su verdadero destino: el mundo de las letras. Pero también influirían bastante los lazos de parentesco. Fue una suerte que un grupo de figuras notables se ligaran a su familia. Leopoldo de Sola, abogado con prestigioso bufete actuante en la capital, contrajo matrimonio con su hermana Isabel. Carlos Saladrigas, eminente líder del Partido Liberal Autonomista, era el esposo de una tía materna. A esa misma agrupación política pertenecía el marido de una prima suya: Rafael Montoro, quien sería el primero en abrirle las puertas de las publicaciones periódicas. Desde sus inicios comenzó a componer materiales atrevidos, ríspidos, agresivos; y en 1883 usó el seudónimo que iba a inmortalizarlo.



*Emilio Robadilla (Fray Candil)*

Cuatro años más tarde explicaría las razones: «Me firmo Fray Candil porque los frailes gozan de cierta impunidad para decir cuánto se les venga al hábito, y Candil, porque gusto de hacer luz donde imperan las sombras»<sup>3</sup>

Lo cierto es que en escaso tiempo progresó bastante. No solo colaboró en los medios de prensa mediante comentarios, crónicas y críticas, sino que también divulgó los versos que hacía: algunos de carácter amoroso, con aliento romántico, inspirados en los romances que vivía con las muchachas; pero otros –los más– eran sátiras y epigramas de características chispeantes, quizás demasiado fuertes para su tiempo. Pronto se ganó los calificativos de inmoral y pornográfico. A eso hay que

---

<sup>3</sup> <sup>3</sup> *Reflejos de Fray Candil*, 1886, p. 131.



sumarle su postura tan proclive a arremeter contra todo y en contra de todos, haciendo gala de la mayor dureza y de una total intolerancia. Esta condición le acompañaría desde ya y por siempre. Más adelante, él trató de justificarse:

Al entrar en la vida pública se me ofrecieron dos caminos: uno corto, florido, risueño (el de la adulación); otro largo, tortuoso, estéril, pedregoso (el de la sinceridad y el de la justicia). Opté sin vacilar por el segundo. No me arredraron las penalidades de la ruta, las ingratitudes de algunos, la perfidia de muchos, el odio de no pocos.

¿Quién me obligó a escoger este camino en que no hay más que contrariedades, estrecheces pecuniarias, tribulaciones y agonías? Mi temperamento, mi complexión cerebral, todo lo que hay en mí de luchador.

Yo que sé lo malo que es decir la verdad, los disgustos que acarrea, persisto en decirla: *C'est plus fort que moi*.<sup>4</sup>

Su trayectoria intelectual en La Habana puede sintetizarse así: en el quinquenio que arranca en 1881, colaboró en múltiples periódicos capitalinos y dirigió dos, a los cuales la censura oficial castigó más de una vez con la suspensión temporal. Dio a la luz tres poemarios: dos de versos satíricos y uno con poemas románticos. Firmó con su seudónimo un libro de críticas: *Reflejos de Fray Candil*, en 1886. En el prólogo, el periodista Antonio Escobar lo presenta así:

Alto, bien plantado, de pocas carnes, ojos negros y vivos, bigote retorcido, aire resuelto. Si hubiera vivido en la Francia de Luis XIII [...] hubiese sido mosquetero del rey. Como ha nacido en Cuba, en el siglo de las letras de molde, en vez de andar a estocadas con los guardias del Cardenal, persigue a los poetas ramplones.

---

<sup>4</sup> *Bulevar arriba, bulevar abajo*, 1911, pp. 220-221.

Muy joven (24 años) ha conseguido lo que otros no consiguen: que el público se ocupe de él. Es muy discutido, muy atacado y muy defendido. Tiene muchas simpatías y muchas enemistades.

Quien vea las fotos aparecidas en sus obras, comprenderá cuánto realismo hay en esa descripción física de Emilio Bobadilla. Y quien lea sus textos se explicará la razón de tanta polvareda en torno suyo. En ese mismo volumen, y con motivo de una caricatura que le solicitara Ignacio Sarachaga, él ofrecía una definición de sí mismo, tan burlona y desenfadada, que de seguro muy pocos debieron tomarla como una imagen realista:

Yo soy un hombre como hay pocos [...]. Pues un hombre que se ríe de todo: ¡hasta de su caricatura! A falta de lágrimas, carcajadas; como si dijéramos: a falta de pan, casabe. He tenido el valor de echarme a reír ¡después de sacarme una muela [...].

Tomo el mundo como lo que es: un sainete, y me río a mandíbula batiente [...] de todo, y como con buen apetito. Eso sí, me gusta comer bien, aunque durante la comida me lean versos de Triay. ¡Triay! Palabra fatídica que me para los puntos de punta.

*Cuando escucho decir Triay,*

*Exclamo al momento ¡ay!*<sup>5</sup>

Ese Fray Candil guasón, irónico, que sin piedad se mofa del más pinto, es el que aquí se autorretrata y que mantendrá esas mismas características de belicosidad, ímpetu y pasión desbordada por el resto de su vida.

Ya habrá oportunidad de apreciarlo en las páginas que vienen. O de aborrecerlo.

---

<sup>5</sup> Se refería a un periodista y poeta de origen español –José E. Triay– residente en Cuba por mucho tiempo, pero cuyos versos fueron siempre mediocres.

### 3

Lo único que pudo quebrar la risa y el entusiasmo de Fray Candil –solo momentáneamente, desde luego– fue la muerte de José Sixto Bobadilla, en junio de 1886, en plena madurez profesional, a los sesenta años. Fue un golpe muy fuerte que estremeció al joven en lo profundo de su ser. Se podía hacer bromas, satirizar, embestir contra cualquiera desde la prensa; pero siempre bajo la sombra bienhechora del progenitor, que había sido para él un guía fraterno, consejero y mediador. Perder la brújula vital, cuando se está en pleno desarrollo juvenil e intelectual, puede resultar algo atroz. Fue el caso de Emilio. Dos años atrás, en *Relámpagos* –poemario suyo de 1884– incluyó una composición: «Concierto matinal», la más extensa del volumen. Fue la escogida para iniciar el libro y es una pintura de la vida y la naturaleza al comenzar el día. Habla aquí de la ceiba y el plátano, del naranjo y el mango; de «solícitas abejas», los «tardos bueyes», del «gallo altivo» que aletea cantando. Dedica ese poema a su padre; y aunque no lo menciona en el texto, en una de las penúltimas estrofas hay cierto clamor que se me antoja nada ajeno al caso, extraña conjetura sobre la tragedia: «¡Oh nunca a mis miradas / vívido sol, tu luminar escondas!».

Ahora toda esa luz se eclipsaba. Al mes siguiente de aquella pérdida escribió un testimonio lacerante –que colocó después al frente de su nuevo libro, *Reflejos de Fray Candil*, aparecido durante ese mismo año– donde explica lo que sufrió ante tan lastimosa circunstancia: al mirar el cadáver «sentí en los labios no sé si la quemadura de una blasfemia horrible o el aleteo de una plegaria llena de santa unción». Y no vaciló en plasmar las dolorosas consecuencias:

Todo ha cambiado para mí, padre del alma. Mis alegres carcajadas de hoy más no serán sino muecas de dolor; las luminosas visiones de mi fantasía pasarán ante mí como legión de espectros, y el mundo, este mundo incomprensible, no

será más que un desierto, sin oasis ni cielo, sin músicas que arrullen mis dolores ni fuentes que apaguen la sed que me abrasa las entrañas.<sup>6</sup>

Una de sus reacciones más convincentes consistió en proponerse concluir la carrera universitaria interrumpida, promesa que había hecho al progenitor en vida y ahora se convertía en obligado tributo al difunto. En verdad, sus estudios superiores habían transcurrido de manera muy irregular, con atrasos frecuentes, justificando ausencias y presentándose a exámenes cuando le parecía. Ahora el compromiso iba en serio y quizás por eso y en razón de sentirse más atado a su deber, marchó a España. Parte de la Isla el 4 de abril de 1887 en el vapor *Ciudad de Cádiz*. Breve escala en Puerto Rico. El 21 de ese mes desembarca en el puerto gaditano. Acto seguido se traslada a Sevilla, donde permanece varias semanas. En junio ya está en Madrid, con grandes deseos de ganarse la ciudad y la esperanza de triunfar a toda costa.

Lo importante es que se abre para él un nuevo horizonte cultural. Desde antes del viaje, había establecido valiosas amistades con escritores de la Península. Emilia Pardo Bazán, una de las novelistas de moda entonces, le había remitido una carta – que él colocó al frente de su libro *Reflejos...*–, donde ella dejaba sentado que los artículos del cubano le revelaban una «fácil y correcta pluma, excelente ingenio y recta intención literaria»; y agregaba un juicio que para él implicaba un respaldo esencial: «Su desenfado no traspasa los límites del buen gusto». Antes de alejarse, Manuel Sanguily le había dado por escrito una recomendación para Marcelino Menéndez y Pelayo. También tenían noticias del recién llegado algunos periodistas y literatos. De modo que no era un desconocido. Leopoldo Alas (Clarín), considerado entre las voces críticas más reconocidas, lo introdujo en *Madrid Cómico*, notable órgano de prensa madrileño y hasta le escribió un prólogo para su libro *Escaramuzas*, que vio la luz en 1888, apenas a un año de su permanencia allí.

---

<sup>6</sup> No se trataba de impresiones ocasionales. La sensación fue tan fuerte y persistente que tres años más tarde, al publicar *Fiebres*, vuelve a evocarla en un poema. El triste recuerdo lo persiguió durante toda su vida.

Sin embargo, no todo fue venturoso en los primeros tiempos. Francisco Asís de Icaza, intelectual y diplomático mexicano, con credenciales en aquella capital, le comunicaba a Julián del Casal en julio de 1889: «a propósito de fracasos, al pobre Bobadilla no le ha ido muy bien en estos días»; y se refería a tres infaustas contingencias: la suspensión de una lectura poética del cubano en el Ateneo; el abucheo de una pieza teatral –obra de Fray Candil en coautoría con un tal Varona– y la pérdida parcial de la edición de su último poemario por naufragio del vapor que trasladaba los ejemplares a Cuba. Los penosos incidentes lo afectaron, aun cuando alrededor de esa misma fecha consigue una de sus ansiadas metas al encaminarse a Europa: el título de Licenciado en Derecho.

Pero a fin de cuentas, nada entorpece su definitivo acomodo. Con increíble celeridad continuaron publi-cándose volúmenes de su cosecha, con una frecuencia casi anual, al menos en lo que restaba del siglo en curso: *Fiebres* (1889), *Capirotazos* (1890), *Críticas instantáneas...* (1891), *Triquitraques* (1892), *Solfeo* (1893), *Baturrillos* (1895). Esa proliferación de su pluma demuestra lo pronto que se adaptó a las nuevas circunstancias y, de cierta manera, habla a la vez de su éxito en la prensa y en el ámbito editorial. Salvo el de 1889, que contenía versos, el resto agrupaba trabajos suyos publicados en periódicos y revistas en los cuales él ejercía el criterio, tal como había acostumbrado a hacerlo en su patria. El de 1893 lo prologaba otro destacado intelectual español: Urbano González Serrano, quien presentó al autor así:

Delgado de cuerpo, con vista penetrante, de tenacidad muscular fustigada por un eretismo nervioso, cuidadoso en el vestir, retraído de las relaciones sociales, [...] con la divina pereza de la gente del Mediodía y la viril energía de una educación modernista y libre, nostálgico, con un pesimismo saludable, que desconfía de las flaquezas humanas y se prenda de las inflexibles leyes que la lógica inmanente impone a los fenómenos, Fray Candil es un carácter complejo, complejísimo, a veces, como él mismo dice que debe ser el crítico, hasta contradictorio.



En realidad, no había dejado de ser el que siempre fue: batallador, contendiente, temerario, quisquilloso ante gazapos gramaticales y lapsus de redacción, príncipe del atrevimiento, guerrero sin cuartel frente a todas las banderas. No tuvo peros en enfrentarse a las plumas más respetables de su tiempo en la Península, desde Antonio Cánovas del Castillo hasta Emilio Castelar, Federico Balart o José Echegaray, por mencionar solo los más conocidos. Con sus colegas dedicados a

criticar obras literarias no guardó consideración alguna: desde los epígonos de Manuel Revilla hasta Manuel Cañete fueron atacados por él despiadadamente, sin excluir al mismísimo Clarín, que tanto lo había impulsado en su carrera y con el cual concluyó Bobadilla protagonizando un duelo personal, escándalo soberano en pleno Madrid finisecular. Sobre ese trágico encuentro volveré más adelante.

Fray Candil fue también el viajero impenitente. No hay forma de explicar el continuo movimiento cuando se analiza que, en ese mismo tiempo está construyendo su extensa obra. Se conoce –no es mucho lo que trasciende en detalle– que en 1890 anda de correrías por Galicia; ese mismo año, pero en agosto, se mueve hacia Santander. En septiembre de 1893 transita por Barcelona. Entre el otoño de 1894 y enero de 1895 visita París y Bruselas; después, excursiones por Roma, Venecia, Florencia y otras ciudades italianas. De regreso se asienta en París. En octubre de 1897 pasa por Nueva York y llega a Panamá. De febrero a abril de 1898 vive en Cartagena y después en Bogotá, hasta julio. Le siguen, por esa fecha, breves estadías en Venezuela, Nicaragua, Martinica... En abril de 1900 recorre nuevamente paisajes hispanos, amén de veranear en Biarritz, lo cual repite en 1901. Radica en Bayona a partir de 1909. Retorna a Cuba y permanece en la capital entre 1910 y 1911. En 1916 se traslada a Biarritz. Allí, hasta su muerte.

#### 4

Las descripciones literales de Bobadilla y los retratos fotográficos coinciden en ofrecer la imagen de un individuo de aspecto muy varonil, atractivo, acorde con las más caras exigencias femeninas. Trigueño, esbelto, de ojos negrísimos y chispeantes, con cuerpo semiatlético y dueño –cuando quiere– de una charla seductora. Pudo haber sido un típico galán tropical para cualquier doncella casadera en su tiempo. A las damas debió parecerles una especie de Tenorio o Casanova girando por el

planeta. Los que lo conocieron aseguraban que fue un sujeto galante, seductor y mujeriego. Especulan -y no lo dudo- que vivió múltiples romances, aunque no existen evidencias probatorias concretas porque en ese punto fue siempre muy discreto. Sus poemarios -*Relámpagos* (1884), *Fiebres* (1889) y *Vórtice* (1902)- reflejan, en cierta medida, algunas facetas de la intensidad con que él experimentó las pasiones. En unos versos de 1900, se autodibuja: «Y así, cual de flor en flor / la abeja, con firme anhelo / de una pasión a otra vuelo, / que la vida sin amor / es un paisaje sin cielo».



Fray Candil, 1908.



Sin embargo, en Madrid conoció a la mujer que le inspiraría la pasión más honda: Piedad, la hija del poeta Juan Clemente Zenea. Se enamoraron y consiguieron amarse mucho, quizás hasta el paroxismo. Se habla de un intercambio epistolar entre ellos, con muestras de probidad y vehemencia rayanas en el delirio, pero esas cartas no existen en Cuba ni se han encontrado en otra parte, que yo sepa. Al fin decidieron casarse –la única vez que él se atrevió a tanto– y cuando llegaron a París para establecerse, José Martí saludó el suceso desde el periódico *Patria*, el 8 de diciembre de 1894:

Ya tiene noble compañero para el camino del mundo, siempre áspero, [...] la ideal criatura, a la vez candorosa y enérgica, que dejó sin padre [...] la alevosía de España. Ya rodeada de amigos [...] unió su vida Piedad Zenea [...] a Emilio Bobadilla. [...] Hoy, la hija del poeta va del brazo hidalgo del autor de «La Momia», en que centellea, fatídica, el alma cubana [...]. A la casa nueva de París envían flores de amistad cuantos, en el hospedaje de su corazón, guardan los versos de Juan Clemente Zenea.

Pero uno es el ensueño y otra la crudeza de la realidad. La pareja no pudo ser feliz por mucho tiempo. Un carácter tan especial como el del esposo no podía mantenerse en el idílico reposo del hogar y no dejaba de manifestarse con violencias ocasionales, inevitables impulsos de ira y sobre todo, las continuas evidencia de infidelidades que ella descubría sin mayores esfuerzos. La experiencia agónica comenzaría desde el principio, según contó Enrique Labrador Ruiz:

Viajaban de novios, juntos a París en pos de la aventura de sus vidas. Ya reñían, ya se reconciliaban, por seguir la costumbre, cuando subió al coche un conocido de Fray Candil y viéndole tan bien acompañado le dijo: «Felicitaciones. Ha encontrado usted una paloma». A lo que el otro hizo gesto de indiferencia, dio las gracias y pasó a su lectura. Pero llegando al hotel que les daría acomodo lo

primero que dijo Bobadilla, muy en su tono, sonriendo y con la mayor indiferencia: «conque paloma ¿eh? ¡Pantera, pantera de Numidia!». Piedad Zenea ya supo con quien debía habérsela en adelante.



Piedad Zenea, 1912.

Pero aun a fines de 1905 paseaban juntos por tierras escandinavas. Periódicos y revistas de Copenhague, Estocolmo y otras ciudades hablaron pródigamente de él y de su trayectoria intelectual. Los esposos aceptaron la invitación de Bjørnson, el gran escritor noruego, de pasar unos días en su quinta de Anlested.

Desde 1895 Fray Candil vivirá en París. Su labor sigue siendo la misma. Escribe mucho: crónicas, versos, artículos, narraciones y críticas. En este último género se mantiene igual que siempre; es el perpetuo beligerante intelectual, el que todos percibieron desde antes: de ataque en ataque, de polémica en polémica; la pluma temible, la que arrastra cierta maldición diabólica. Ahora se estrena, además, como novelista de impacto. Sus libros continúan saliendo a la luz con una frecuencia que pasma. Pululan las reediciones de sus títulos. Publicaciones de España, Inglaterra, Francia, Cuba y de países latinoamericanos exaltan su obra y su figura, a pesar de los escándalos, las trifulcas y las incriminaciones suyas –a veces desmesuradas, abusivas e injustas– que agreden a periodistas o escritores de cualquier parte, sin que él manifieste el más mínimo respeto por los prestigios individuales.

En 1910 –cuando ya nadie se lo espera– realiza un viaje a su patria; se ha dicho que por problemas muy personales: arreglos de la herencia familiar. Se le recibe como a un héroe, con los merecimientos de una estrella. Aunque no avisó a nadie, lo esperaban en el puerto Enrique Hernández Miyares y Ramón A. Catalá. El Fígaro le concedió una sección en sus páginas, denominada «De Bayona a la Habana. Notas en el puño de la camisa». En la edición correspondiente al 10 de julio, escribió lo siguiente: «Confieso que vine a Cuba con alguna desconfianza, pues cierto amigo mío [...] me aseguró que yo no tenía aquí “ni lectores ni amigos”. Los hechos me han probado con creces lo contrario. Testificando, amén de los asaltos efusivos en plena calle, los telegramas y las cartas de pláceme del interior de la Isla que he recibido profusamente».

Varias revistas lo congratularon. Bohemia saludó su presencia y publicó un retrato suyo el 7 de mayo. El Fígaro y Letras le ofrecieron un festín en el hotel Sevilla la noche del 27. Al día siguiente, La Discusión dio a conocer las declaraciones que hiciera Bobadilla al periodista José de la Luz León acerca de La Habana: «Me parece muy adelantada. [...] Pocas capitales he visto en mis múltiples viajes que le ganen

en limpieza».<sup>7</sup> Debió estar muy emocionado o algo borracho para decir eso y no soltar uno de sus desplantes. Al cabo, tenía que sentirse complacido, pues los colegas no sabían dónde ponerlo. Algunos escritores lo invitaron a cenas particulares, entre ellos, José Manuel y Néstor Carbonell, Rafael Montoro y José A. González Lanusa. Avelino de Llano, médico de la Asociación de Dependientes, le obsequió un bastón, con puño de oro y plata, donde fueron grabadas las iniciales del escritor y una estrella solitaria, emblema de cubanía. Jesús Castellanos escribió en la prensa: «El paso de Fray Candil por su terruño, sobre regocijar a la patria con la alegría de un rescate, puede ser ocasión de pródigo estímulo para todos aquellos que luchando no encuentren todavía la ruta».<sup>8</sup>

Por supuesto, el aplauso a su persona no fue una postura coral; siempre hubo alguien que lo impugnó atrincherándose en la prensa. Tal fue el caso de Francisco Cañellas, quien publicó en *El Veterano* un artículo que comenzaba reconociendo sus méritos: la erudición, su estatura como prosista, la capacidad de síntesis como característica esencial de su estilo; pero lo fustigaba implacablemente por su discutible proceder crítico y de ahí pasaba a otros aspectos personales más sensibles: «Su cacareada independencia es pura filfa. No hace mucho se jactaba de que nunca ejercería cargos oficiales porque «sobre no creerse con aptitudes para ello, ama mucho su independencia», y a los pocos días publicaban todos los periódicos de la Habana la noticia de su nombramiento –solicitado por él– de cónsul de Cuba en Bayona».<sup>9</sup>

Es que para él no solo hubo agasajos y homenajes privados. También el gobierno de José Miguel Gómez le extendió su reconocimiento en varias oportunidades. Cuando en agosto de 1910 se emitió un decreto presidencial que proclamaba la formación del Museo Nacional, se le comisionó para que en un plazo de tres meses confeccionara el proyecto; pero afloraron varias protestas públicas en

---

<sup>7</sup> Reproducido por Elías Entralgo en *La cubanía de Fray Candil*.

<sup>8</sup> Reproducido después en su obra póstuma *Los optimistas*, p. 284.

<sup>9</sup> Francisco Cañellas: «Al pasar... Fray Candil», *El Veterano*, Habana, 5 de junio de 1910, pp. 3-4.

la prensa por la exigua retribución monetaria que se le ofrecía y quizás eso explica por qué nada hizo a la postre. En noviembre, otro decreto anunciaba la designación de los veintiún escritores que integrarían la sección de literatura de la recién creada Academia Nacional de Artes y Letras. Entre los escogidos aparecía el nombre de Emilio Bobadilla. Se encontraba en La Habana el 22 de diciembre cuando esa entidad celebró su sesión inaugural: no asistió al acto ni presentó excusas a los directivos, mucho menos a la prensa. Sin embargo, y en honor a la verdad, nunca se pronunció en contra de ese órgano ni renunció al honor de su elección. Moriría siendo académico.<sup>10</sup>

Quizás la mayor distinción del presidente Gómez para con él se había dado en 1909 al nombrarlo cónsul en Bayona. Aceptó representar a la República en esa ciudad francesa. Más allá de cualquier protocolo diplomático, Fray Candil estaba convencido de que él era él, por encima de otra cosa. Por eso, a pesar de cargos y distinciones honoríficas, no tuvo a menos publicar en *La Discusión* un artículo en el cual enaltecía a Francisco Vicente Aguilera y acusaba a Carlos Manuel de Céspedes de «abogado vanidoso, intrigante y obstinado». De inmediato cayó sobre él una avalancha de ataques provenientes de la prensa: desde *El Mundo*, *El Fígaro*, *La Lucha*, *Cuba* y *El Triunfo*, fundamentalmente. Uno de los periodistas que le salió al paso fue Joaquín Navarro Riera (Ducazcal). Calificó de «inoportunas e irreflexivas» aquellas declaraciones y argumentó: «esa crítica demoledora es ingrata y funesta para los permanentes intereses de la nacionalidad y para los supremos ideales del patriotismo, y mucho más [...] cuando es la pasión [...] la que pretende usurpar sus fueros a la verdad y a la justicia».

Sus colegas olvidaron de pronto los méritos del compatriota, los numerosos títulos publicados y el fragor de su prosapia intelectual. Algunos buscaban la manera de justificarlo. La inmensa mayoría lo embistió sin piedad durante los veinte

---

<sup>10</sup> <sup>10</sup> Siempre había renegado de las academias. En su *Reflejos...*, escribió: «Las academias, como las chisteras, no se han hecho para gentes serias. Ningún escritor satírico ha entrado en ellas, que yo sepa».

días siguientes.<sup>11</sup> A tres lustros de la pérdida martiana y a tan escasos años de la derrota española, los cubanos no estaban dispuestos a permitir ofensas a sus héroes, mucho menos al Padre de la Patria. De todo hubo en aquella polémica tormentosa en la cual nadie desconoció las virtudes patrióticas de Aguilera, porque lo que indignaba era la provocativa payasada de Bobadilla, su humillante ligereza al estropear un símbolo sagrado en las propias narices de un pueblo que seguía sintiéndose mambí y con esta explosiva reacción lo expresaba. Pudo él hacerse el sordo de inicio, el indiferente ante los insultos encubiertos; pero se tornaron tan rotundas las injurias que no pudo evadir la concertación del duelo personal, práctica que aún continuaba siendo común en Cuba y en el mundo de entonces. Seguiría siéndolo hasta la década del treinta, como una prueba de la incongruencia humana y la necesidad de las costumbres.

## 6

En 1886, Fray Candil se había pronunciado en contra de los duelos, señalando las vetas negativas del asunto, pero al final concordaba con otros en que era un mal necesario. En su tiempo estaba de moda lavar el honor con sangre. Así que se vería precisado a practicarlo en dos ocasiones. La primera, en 1892, en Madrid y su contrincante fue Clarín: se habían enemistado y no hubo más remedio. El cubano enfrentaba a un hombre casi diez años mayor que él, de superior fama literaria, miope y muy nervioso. Tras el lance, el español resultó herido en un brazo y en la boca; el otro salió ileso. Mientras se atendía al lesionado, Bobadilla tarareaba una

---

<sup>11</sup> Explica Entralgo que poco antes de publicarse el artículo, habían arribado al país los restos del patricio bayamés, traídos desde Estados Unidos; que quizás eso motivó que Bobadilla repasara el libro de Eladio Aguilera, hijo del patriota –publicado en 1909– donde el autor glorificaba al padre en detrimento de Céspedes. Creyendo a pie y juntillas en las consideraciones expuestas en un texto tan parcializado, Fray Candil elaboró el suyo: «Los restos de Aguilera o la justicia póstuma». Antes, desde *El Figaro*, en su sección «De Bayona a la Habana...», correspondiente al 2 de octubre, había adelantado algo de su animosidad contra el héroe de La Demajagua, atribuyéndole como características personales «la vanidad y la irreflexión» y presentándolo como usurpador de la gloria de Aguilera.

canción. Al indagar la prensa por su actitud, recordó que, al pactarse el combate, su rival había asegurado que aquello «sería cosa de coser y cantar». Entonces confirmó: «El pronóstico se ha cumplido, a él lo están cosiendo mientras yo canto».

La otra oportunidad sería en La Habana, a raíz de la mencionada controversia en torno a sus intempestivas declaraciones sobre Céspedes. El escenario fue seleccionado por los representantes de ambos: una casa en la calle del Morro, entre Colón y Refugio. Él –que ahora contaba con cuarenta y ocho años de edad–, por ser el ofendido tenía derecho a escoger el arma e impuso la espada de empuñadura francesa, con la que acostumbraba a practicar diariamente durante una hora en París. De poco le sirvió la ventaja: de inicio se lanzó sobre el otro con ímpetu y el contrario solo se limitó a esperarlo con el arma erecta, hiriéndolo en el brazo en el primer asalto. Esta vez fue el adversario quien salió indemne. Los padrinos detuvieron la pelea, tal como se procedía en estos casos al sufrir contusiones uno de los duelistas.



Último retrato hecho en Cuba.

Fray Candil no era cobarde y lo demostró muchas veces. No por gusto lo comparaban con un mosquetero. Quizás por eso sorprende tanto una anécdota transmitida por tradición oral. Como era tan famoso el escritor cardenense, cualquiera lo provocaba en busca del escándalo público para ganar así alguna notoriedad.

Cierta tarde estaba con unos amigos en un café y hasta ellos llegó un tipo que insultó a Bobadilla, por gusto y con extrema acritud, alardeando a gritos: «Me bato, yo sí que me bato...». Increíblemente, el desafiado permaneció tranquilo mientras se limitaba a contestar: «Pues yo no. Yo escojo mis víctimas y usted no es más que un pobre diablo». Y le dio la espalda ante el asombro de todos los presentes.

## 7

Era cónsul de Cuba en Bayona desde 1909; pero está claro que él casi nunca cobraba conciencia de sus responsabilidades oficiales. De lo contrario, no hubiese cometido el torpe error de publicar el 17 de diciembre de 1910 y en el periódico habanero El Mundo, un artículo que obligó a Manuel Sanguily, entonces secretario de Estado del gobierno de José Miguel Gómez, a llamarle la atención, recordándole que estaba prohibido, según las instrucciones para el servicio consular dictadas en el país, difundir un material «escrito en sentido depresivo y aun desdeñoso para nuestros representantes diplomáticos». No era la primera vez que sus escritos en la prensa repercutían desfavorablemente en el ámbito oficial. Seis años atrás, por una crónica suya insertada en La Discusión, del 27 de abril de 1904, la fiscalía cubana estableció querella ante una demanda del representante belga en la Isla. Al fin y al cabo, no hubo consecuencias mayores, salvo el alboroto publicitario.

Por sus acciones irresponsables nunca lo degradaron; lejos de eso, tanto lo valoraban que siempre tuvieron con él múltiples consideraciones que lo favorecían



a la larga. No solo el presidente Gómez. En 1915, Mario García Menocal lo ratificó como cónsul, ahora en Biarritz; cargo que comprendía no solo esa población, sino también los bajos Pirineos. Un año antes, cierto periodista que lo entrevistó en Madrid reprodujo un retrato literal del escritor que antes había divulgado otro colega en la prensa española y que esta vez vio la luz en la habanera *Bohemia*, en mayo de 1914:

... de constitución fuerte, lleva en la cabeza el ceño escéptico y adusto, acentuado por las cejas y el bigote negros, este último levantado con varonil desaliño, la mirada perspicaz, atrevida, denuncia un espíritu sutil y despierto; cuando habla [...] tiene la irresistible elocuencia del genio; [...] la frente despejada, poblada acaso de ocultos problemas, destaca altiva sobre un busto arrogante. La cabeza, bien nutrida y equilibrada, descansa en una contextura atlética [...] y toda la complexión de ese organismo corresponde a la fortaleza y energía de un espíritu libre, amplio, tan inflexible en la apreciación personal como caballeresca en la rectitud del carácter.

A Biarritz se trasladó en 1915 para encargarse del consulado cubano. En 1901, mientras veraneaba en aquel paraje, lo había descrito de esta manera:

Biarritz es, sin duda, la más hermosa y elegante de las playas del mundo. Tiene la ventaja de ser a la vez ciudad y campo, montaña y mar. Salpicada de *challets*, de suntuosos hoteles, de villas coquetas, de pensiones pulquérrimas, [...] es el *randez vous* de la riqueza europea. Se oyen todas las lenguas, incluso el vasco ininteligible y áspero; se ven todos los tipos, desde el blanco lácteo del inglés, hasta el ocre del español. Los automóviles, las bicicletas, los tálburis, las

victorias, las charrettes tiradas por diminutos caballos, asnos y cabras de los Pirineos recorren las carreteras, entre avenidas de sonoros pinos.<sup>12</sup>

Allí vivió los últimos seis años de su vida. Da la impresión de que fue feliz en aquel rincón bellissimo de la geografía francesa; al menos tal conclusión podía extraerse de sus narraciones, artículos y crónicas escritas y firmadas en ese sitio. También de sus afirmaciones hechas en enero de 1917 en el diario madrileño *El Día*: «Me siento fuerte y ágil, gracias a la vida que hago. Me levanto muy de mañana; me baño en agua fría, así en verano como en invierno; [...] dos horas de esgrima; no tomo alcohol nunca; no fumo; me acuesto temprano y leo siete horas al día sin cansarme. Ceno muy poco, cosas ligeras, nada de carne».



Emilio Bobadilla, 1920.

---

<sup>12</sup> <sup>12</sup> Fray Candil: «Muecas desde París», *El Fígaro*, XVII (35): 414, Habana, 22 de septiembre de 1901.

Más adelante agrega detalles ilustradores de que aquella existencia suya, orgiástica y vigorosa de otro tiempo, quedó atrás: «ya no puedo ir a un baile porque me duermo; las fiestas me aburren; las discusiones me dan jaqueca; huyo del ruido, de las exhibiciones».

En Biarritz murió el primero de enero de 1921, a las seis antemeridiano. Lo enterraron el día 4 y al sepelio asistieron autoridades de Bayona y Biarritz y el cuerpo consular acreditado en ambas ciudades. La ceremonia religiosa se efectuó en la Iglesia de St. Charles; y aunque su amada Piedad Zenea no estaba, otra mujer –Petra López de Biscay–, la misma que le brindó cariño en sus tiempos finales, pudo cerrarle los ojos y llevar flores a su tumba.

Su sorpresivo fallecimiento tuvo eco en la prensa internacional y también en su patria, por supuesto. La Academia Nacional de Artes y Letras –de la cual siguió literalmente siendo miembro–, en sus Anales, número correspondiente a julio-diciembre de 1921, emitió una nota al respecto, reconociendo que su «enorme producción literaria le había dado renombre universal [...] alcanzando éxitos ruidosos de crítica y de público». Pero no pudo obviar en su mensaje cierto regusto irónico y amargo, aunque sincero y justo:

... fue un gran temperamento literario que supo dar a sus obras el sello de su personalidad. Su ausencia constante de Cuba le impidió, por lo visto, tomar parte en nuestras tareas y aún puede cabernos la duda de si llegó a enterarse que era uno de los nuestros, dada la actitud de obstinado silencio que siempre guardó en sus relaciones con la Academia.

## CAPÍTULO II

### LOS INICIOS: PERIODISMO Y CRÍTICA

*Los poetastros a quienes flagelo se vengan llamándome desdeñosamente gramático. Soy más  
artista de lo que ellos suponen, y lo pruebo cincelando sobre el hueso de sus elucubraciones,  
sátiras que, a lo menos, hacen reír.  
Sintiéndome vivir, 1906*

El estudiante que hace su estreno en el periodismo habanero sobre 1882, no cuenta con una experiencia personal concreta, pero sí tiene amigos y parientes que para nada son extraños en ese mundo de las prensas, los tipos y las tintas. Porque se roza con ellos y desde pequeño ha oído hablar de planas, columnas, folletines y erratas, siente una seria inclinación hacia el oficio. Tiene apenas veinte años, escribe versos, no sueña para nada con la toga o el bufete y tiene especial predilección por la literatura. Entonces colaborar con revistas y diarios es una formidable posibilidad de realizarse. Manos fraternas lo encaminan, lo presentan a las redacciones, ofrecen garantía de su inteligencia y de sus habilidades para la escritura. Lo prueban y da la talla. Los directores que se arriesgan con él descubren de momento una pluma ágil y fresca. Lo estimulan, lo halagan. Pronto tendrán tiempo suficiente para arrepentirse.

Se inició en *El Amigo del País*, dirigido por José Quintín Suzarte. Al parecer, el temperamento inquieto y la vocación temeraria influyeron en su manera de proyectarse, tan proclive al desenfado, a la emisión del juicio personal sin afeites y distinguos, lo cual le creó serias dificultades desde los primeros tiempos. Él, con posterioridad, se refirió a la época de arranque y nova-tadas en ese órgano:

Buenas rabietas pasaba yo en aquella redacción con el bondadoso de José Quintín. –V. va a comprometerme con esas cosas –me decía–. Es V. demasiado joven y la sangre le hierve. Cuando tenga V. más años ya le pesarán a V. esas locuras hijas de su inexperiencia y del ardor de la juventud. –Pero, don Quintín, si este artículo no tiene nada de particular...Y en él llamaba nada menos que imbécil al gobernador.<sup>13</sup>

---

<sup>13</sup> Fray Candil: «Suzarte», *Reflejos de Fray Candil*, p. 94.

Fue en La Pelota, en 1883, cuando comenzó a usar el seudónimo con que se haría famoso: Fray Candil. En septiembre del mismo año, pero en otra publicación – Las Novedades– se incluyó un texto suyo en el cual elogiaba a Rafael María de Mendive como poeta y traductor, asegurando que, en su caso, «a la belleza del fondo une la brillantez de la expresión». Mas lo curioso estaría en las frases iniciales: «Buena oportunidad se me presenta para desmentir a los que me tildan de atrevido, malqueriente y envidioso». De hecho se enteró el lector de que con apenas un breve lapso en esas lides, ya una parte del público tiene muy mala opinión acerca de su trabajo. Por supuesto, no eran juicios infundados. Desde entonces se había impuesto juzgar con acritud lo que consideraba falso y mediocre. Se excusaba: «Caigan en mis manos versos como los de Mendive y verán [...] si soy más dulce que la miel hiblea».

En 1885 ya era director del semanario Habana Cómica. Progresaba; sobre todo por su destreza en manejar la sátira, el humor y la ironía, condición que lo empujaba a planos superiores en la prensa habanera y a la vez le atraía muchos enemigos. Él se mostraba impasible ante las diatribas, mientras crecía el temor de los otros por la proclividad de Bobadilla a la desfachatez, el ataque directo, sin tapujos. Un ejemplo de sus imposturas: en una de las páginas de su publicación se presentaba la fotografía del respetado pensador Enrique José Varona y al pie se leía esta quintilla: «Escribe con gallardía / y sobre filosofía, /pero mucho ¡ya lo creo! / Mas tiene un vicio muy feo: / ¡Se ha dado a la... poesía!».

Desde esa fecha usó con frecuencia un recurso ortográfico que nunca abandonaría: poner los puntos suspensivos como ruptura momentánea de la cláusula oracional con el fin psicológico de fortalecer el interés del lector antes de estampar el concepto determinante de la idea. Ya en ese período Varona infundía respeto entre la intelectualidad cubana y como era casi imposible atacarlo por la veta de su doctrina, el joven periodista utilizó el flanco poético que, por supuesto, no resultaba la zona descollante del distinguido estudioso. Era un oportunismo, nada

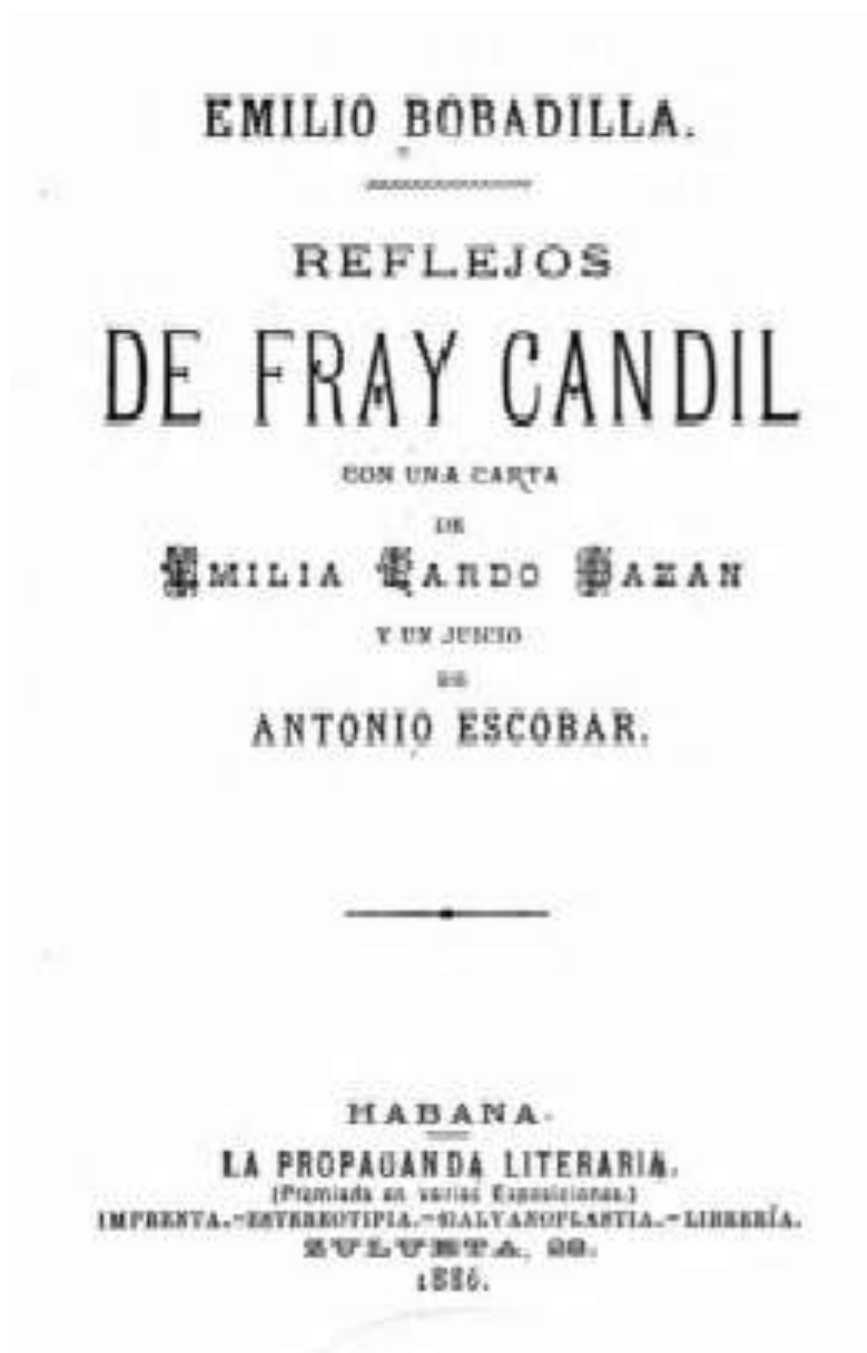
extraño en Fray Candil, que se lanzaba a la pelea sin miramientos de ninguna índole. Esa acometividad suya no lo libraría de los estragos de la censura colonial, pues tanto Habana Cómica como El Carnaval (1886) –semanario satírico que también dirigió– fueron clausurados temporalmente por incluir escritos insultantes. Sin embargo, las reprimendas no lo amilanaban.

## 2

En 1886, y tras haber publicado ya tres poemarios, se decidió a recoger en libro un conjunto de sus críticas, dispersas en diferentes publicaciones periódicas. Lo tituló Reflejos de Fray Candil y lo precedía una carta de la escritora española Emilia Pardo Bazán, donde ella lo halagaba con breves y corteses palabras. Le seguía una especie de introducción hecha por un periodista habanero, Antonio Escobar, quien describe la naturaleza beligerante de la obra del colega, aprueba su valentía al presentar crudamente las faltas de los demás y considera que hace bien en no respetar los ídolos, en creer que «un buen argumento vale más que un nombre reputado». Sustenta: «Nadie pone en duda que tiene talento, gracia y saber. [...] se le censura por su manera de atacar. Como escritor festivo, porque trata asuntos picantes algunas veces» y transcribe los argumentos de ciertos detractores: «lo que nos disgusta no es el fondo; es la forma».

En el artículo inicial el autor se burla de los lectores escribiendo a su antojo las simplezas que se le ocurren para impresionar. Clasifica el cuaderno de «librejo»; afirma que sale a la luz por dos razones: una, porque un editor se lo compra, y la otra, porque él lo vende; y concluye con aseveraciones que ya no resultan tan ligeras: «Bien sé yo que la publicación de este librito me ha de granjear rencores y antipatías porque aquí no estamos acostumbrados a que se nos juzgue y a que se nos satirice mucho menos. Pero yo me río de estas cosas. El que se emberrinche con su pan se lo

coma». En otras páginas escribe frases de interés que retratan su personalidad. Dice: «Me he hecho periodista por el mal ejemplo. Como cualquiera lo es en Cuba. Basta con no tener escrúpulos ni ortografía». Y también: «Desde mis tiernos años demostré una afición desmedida por los bastones. De aquí, tal vez, el que más tarde me dedicase a dar palos de ciego».





Mas lo significativo del volumen no eran esas declaraciones, sino los disímiles asertos desparramados allí. Sobresalían las imprecaciones a José Fornaris, a quien definía como «poeta inaguantable» al tiempo que se burlaba de sus Cantos del siboney. A José Jacinto Milanés lo llama «rimador amanerado y, las más veces, vulgar», aun cuando lo conceptúa buen prosista y dramaturgo aceptable; se mofa de «La Madrugada», pero considera El Conde Alarcos «un bello ensayo escrito con talento». Aunque habla muy bien de Mendive y, de pasada, se expresa favorablemente de Heredia, La Avellaneda y Luaces; estima que Luisa Pérez de Zambrana «se ha contaminado con el gongorismo churrigueresco de Saturnino Martínez», versista este de menor cuantía y a quien aprovecha para denominar «poeta de algodón con vistas de hilo». ¡Qué esperar entonces para cantores de tercer o cuarto orden, como José E. Triay o José Guel y Renté, cuyas poesías asemeja con «zarzales de ripios»!

Con otros intelectuales no sería menor la carga de imprecaciones. A Juan Ignacio de Armas lo reprime solo porque divulga reflexiones etimológicas en El País. A Aniceto Valdivia –el popular Conde Kostia– le espeta que lo que publica en la prensa no es literatura y le reprocha sus «metáforas con elefantiasis» y sus «hipér-boles con erisipela». Sin embargo, alaba con creces a figuras que nunca fueron lumbreras y que el tiempo, al pasar, decantó definitivamente. Tal era el caso de José Varela Zequeira, Faustino Díaz Gaviño –poeta andaluz avecindado en La Habana– o el periodista Alfredo Martín Morales, a quien el autor de Reflejos... debía cierto favor casi impagable: haberlo cubierto de elogios en el prólogo de un poemario suyo publicado en 1885.

La voz cubana que se alzó para condenar el cuaderno fue la de Enrique José Varona, en abril de 1887, desde la Revista Cubana: «hay en él mucho desenfado, rasgos de talento, párrafos muy picantes, algunas muestras de franqueza, su poquito de petulancia, poca sinceridad y ninguna crítica». Réplica coherente, si se tiene en cuenta que Fray Candil de alguna manera se burló de él en su libro, confesó

no ser entendido en filosofía, pero mencionó una larguísima lista de pensadores ilustres –desde Platón y Aristóteles hasta Comte y Schopenhauer, pasando por Descartes, Kant y Hegel– con la intención de exhibir cultura y deslizó algunas frases indirectas: «La seriedad es signo distintivo de los asnos»; o «muchos no hacen otra cosa que desenterrar antiguos y fosilizados sistemas, de aquí que para ocultar el fraude, tengan que vestirlos con nuevos y abigarrados trajes». No mencionaba a nadie, aunque todos sabían que el sayón tenía un solo destino.

Con toda razón, Varona pudo sustentar: «Otro pu-rito del señor Bobadilla es mostrarse docto y citar autoridades. No hay página en que no halague la vista algún hombre célebre; eso cuando no acuden en falange compacta a llenar los párrafos». Y agregaba: «Se echa de ver que lee de prisa cuanto le cae a mano y que luego recuerda unas veces bien y otras mal». Puede decirse que lo calaba a la perfección y descubría las más atinadas características del otro. Su penetración psicológica lo indujo a profetizar:

No decimos que llegará a ser crítico porque los iconoclastas o no se enmiendan o se enmiendan tarde. Su objeto no es aquilatar el valor de las obras que juzgan, ni separar el oro de la escoria, sino producir efectos con sus sarcasmos y deslumbrar con las paradojas que inventan y exhuman. No elogian por entusiasmo ni atacan por fanatismo. Redoblan sus golpes sobre el objeto de su ira ficticia solo por hacer ruido y obligar al transeúnte a volver la cara.

Así se expresaba un verdadero profesional, mejor preparado culturalmente que su rival. Se hace palpable que en esta etapa temprana de su labor periodística –y aun cuando expresa la voluntad de afrontar a los colegas improvisados, torpes en su labor y desprovistos de las garras propias del oficio– Fray Candil no ha conseguido sacudirse del todo los vicios del gacetillero provocador, del diarista maraño que cae en deslices reprensibles. A veces se introduce en el terreno de la frivolidad; otras, no se salva del enfrentamiento a ultranza, carente de bases intelectuales sólidas,

como si emitir juicios en público fuese un mero divertimento, un ejercicio festivo. Tiene veinticuatro años y no ha madurado lo suficiente.

### 3

Salió rumbo a España en abril de 1887; pero era conocido allí desde antes. Por ejemplo, en 1885, diarios madrileños como *La Discusión* divulgaron textos suyos y, al año siguiente, varios periódicos de esa capital elogiaron su libro *Reflejos*... Al respecto, en diciembre *Madrid Cómico* calificó a Bobadilla de «buen crítico» y «estilista notable». *El Motín* opinó que «el autor revela gran ingenio» y «soltura en el manejo del idioma castellano». *El Liberal* lo consideraba «un escritor de buenas condiciones». Otros como *El Día* y *La Época* también lo congratularon, sin excluir lo reprehensible. El primero advirtió sobre «sus juicios apasionados en demasía» y el segundo se refirió a lo mismo, agregando que eso a veces lo llevaba a «salir de los límites». El juicio culminante lo ofreció *Clarín*, al validar que ya conocía la fama del cubano, en quien destacó «el desenfado, casi siempre de buen gusto» y atributos destacables como valentía, franqueza y espontaneidad.<sup>14</sup>

Se evidencia que, adelantándose al viaje, Fray Candil supo colocar su obra en la Península, situándola al alcance de órganos publicitarios y de personas con empuje promocional. De manera que los previos contactos con los colegas y amigos de allá le permitieron la rápida inserción en aquel ámbito. *Clarín* lo recomienda a los redactores de *Madrid Cómico* y apenas a un mes de su llegada publica «Los presuntuosos», un artículo muy suyo, en el cual arremete contra la intelectualidad de la Isla que, según él, la conforman «eruditazos que no leen más que en francés y desdeñan la literatura española», «ridículos oradores», «amenos conferencistas» y «revis-teros espirituales», quienes solo repasan de los libros la introducción y el

---

<sup>14</sup> <sup>14</sup> *Clarín*: «Fray Candil», *Madrid Cómico*, Madrid, 29 de enero de 1887, p. 3.

índice, «traducen el latín como Dios les da a entender» y escriben en «una prosa descosida, anémica y soporífera». Después de tanto ultraje, quiso suavizar la descarga y admitió, al final: «No hay que tomar al pie de la letra cuanto digo. En Cuba hay escritores de talento y saber, oradores de elocuente y luminosa palabra... ¡Pero son tan pocos!».

En agosto y desde las páginas de La Habana Elegante, contestó Manuel de la Cruz, usando el arma más común de su rival: la ironía, cuando le aseguró al ausente que el texto de marras arrastraba «el alcance y el tono de una autobiografía... inconsciente». Lo llamó «jefe sin soldados», lo acusó de recalcitrante y desdeñoso porque en Reflejos... consideraba «al autor de “El beso” con petulante e injustificable desprecio» y le advirtió que con esas elucubraciones «ha puesto de relieve, una vez más, su carencia de condiciones para el apostolado de la crítica, y al mismo tiempo su nivel moral como miembro de la infortunada familia cubana». Era una respuesta que dignificaba a sus compatriotas.

Así estaban las cosas en 1888 al salir a la luz pública el primer libro de Fray Candil impreso en Europa: Escaramuzas, con prólogo de Clarín, donde el tan reconocido crítico peninsular trataba al cardenense de «insigne autor», «un compañero de armas», «simpático y valiente colega». Y agregaba algunas consideraciones que, indudablemente, levantarían ronchas:

Es uno de los escritores de allá que más se parece a los europeos; si en su tierra no todos le han reconocido la categoría que en las letras le corresponde, se deberá no solo a los sofismas de la envidia y de la venganza [...], sino también a que el término medio del gusto cubano todavía está más para que lo comulguen con ruedas de molino [...] académico, que para comprender [...] las ingeniosas salidas y las crudezas de un vigoroso y original temperamento literario.

El cuaderno recoge trabajos ya publicados, tanto en Cuba como en España. Entre lo más notorio están los juicios severos sobre personalidades de reputación en la Península, como Antonio Cánovas y José Eche-garay. Del primero, celebra al estadista y deprime al literato; le aconseja: «sea usted político a secas». Del segundo, analiza y fustiga su pieza teatral *De mala raza*; considera que este dramaturgo «tiene tanto de realista como yo de obispo». Sobre Emilia Pardo Bazán destaca que lo sorprendente en ella, «más que el relampagueo de su prosa, es el vigor del discurso y el desenfado varonil con que habla de las cuestiones más graves». También enaltece con frases amables la labor intelectual de algunos coterráneos suyos. Opina que Ricardo Delmonte «es uno de los mejores prosistas americanos». Y no podían faltar –ahora desde muy lejos– los elogios edulcorantes para sus exprologuistas de ayer: Alfredo Martín Morales y Antonio Escobar.

Pero lo catastrófico del volumen está en los latigazos que le suelta a sus compatriotas. Además de incluir «Los presuntuosos» –algo así como remachar la cadena– maltrata sin piedad a Varona y a Enrique Piñeyro. De este último, figura ya entonces tan respetada en la Isla, dice que «me es muy simpático política y literariamente»; más sin ningún pudor confiesa, entre otras cuestiones, que en sus estudios «juzga a la ligera» y «profundiza poco». No hay dudas de que, llevado por su natural instinto bilioso y vengativo, se aprovecha de la pluma para ensayar una especie de golpe duro contra Varona. Libre ya del mínimo escrúpulo, lo tilda de «filósofo caribe»,<sup>15</sup> lo tacha de «versificador duro, tartajoso, sin estro ni fantasía» y apunta: «Sus escritos no son malos; pero carecen de nervio y calor en la ejecución, de gracia y colorido en el estilo, de claridad y precisión en la idea y de elegancia y garbo en la frase. Su vocabulario es de un expediente redactado por un oficinista que manosea libros de buena prosa castellana».

---

<sup>15</sup> <sup>15</sup> Sanguily señalaba la connotación del adjetivo: «¿Qué quiere decir esto, si no quiere decir una cuchufleta anti-cubana, un desgraciado calificativo que puede halagar la crasa y espontánea ignorancia de tantos españoles que si no nos imaginan indios comedores de carne humana, por atavismo caribe, se figuran que somos indios mansos que usan pampanillas y plumaje?».

Era demasiado. Manuel de la Cruz saltó otra vez para atacarlo desde La Habana Elegante, en junio de 1888. Reconoce el carácter «cizañero y zumbático» del prólogo y la fuerte influencia que ejerce Clarín sobre el cubano que lo toma como «ídolo y modelo», a tal punto que «copia sus giros, sus amaneramientos, sus frases hechas, las contorsiones de sus períodos y sus imágenes». Califica al cuaderno de «libro bilocal o habano-madrileño» y cree, respecto al autor, que la clave radica en el tamiz de su temperamento que lo conduce a:

dar predilección al color rojo, a la nota aguda, al contorno grosero. Ve la naturaleza ruda, el aspecto brutal de las cosas; por ello su sátira, sátira de detalle, que no de concepción, degenera siempre en agresión, en insolencia, en descocada burla. En vez de la hoja toledana, fina [...] como relámpago de acero, esgrime nuestro satírico la palmeta ferrada del dómine roñoso.

Todo no quedó ahí. Por incitación de Cruz, se manifestó Manuel Sanguily en julio, desde las páginas de Revista Cubana. Lo hizo con mayor mesura, más con toda la justeza de su palabra. Se refirió a su amigo, «el rebelde y quisquilloso Fray Candil», a quien evidentemente «le agrada que le teman; pero le desagrada que le juzguen», achacándole a su actitud una especie de «jacobinismo literario». Lo calificó de crítico formalista, de hacer citas inexactas y de ostentar una erudición atropellada. Refutó, paso por paso, los injustos juicios sobre Piñeyro y Varona<sup>16</sup> y no en unos párrafos, sino en extensas y bien nutridas cuartillas; lo acusó de haber escrito sobre ellos arbitrariedades y disparates en filosofía «porque se equivoca aun en las cosas más sencillas» y se dio el lujo de avisarle que, al enumerar los críticos existentes en

---

<sup>16</sup> <sup>17</sup> De paso dejó sentado que «de 1883 acá [1888], las obras literarias más importantes escritas por cubanos son los *Estudios críticos*, de Rafael María Merchán; los *Poetas famosos del siglo XIX*, de Enrique Piñeyro y los *Estudios Literarios y Filosóficos*, de Enrique José Varona.

Cuba, había olvidado nombres cruciales: José de Armas y Cárdenas, Aurelio Mitjans y Nicolas Heredia.<sup>17</sup>

Dijo mucho más Sanguily. Expresó algo que, si bien entonces pudo asumirse como una recriminación, al paso del tiempo es una cláusula honrosa para un escritor que, al fin y al cabo, nunca renunció a su nacionalidad: «Su misma manera de escribir revela, a pesar del prurito laudable de ser puro y castizo, al habanero que no ha podido olvidarse de su país ni cambiar de posición ni modo de ser, en cortos meses de ausencia y que dice todavía “periodista jíbaro”, “filósofo caribe”, “güira cimarrona literaria”».

Agregó que Escaramuzas no es un bosquejo de nuestras letras, sino un exponente personal, «fábrica de negaciones», porque el autor: «Piensa sintiendo y de ahí sus apasionamientos en el vituperio y la alabanza» y que le falta aun «la inteligencia adquirida, la que se forma estudiando, por más que es grande su inteligencia natural». Concluyó definiéndolo con mayor precisión y consagrándole nuevos encomios:

que Fray Candil empezó a escribir muy temprano [...]; que esta circunstancia pudiera explicar sus deficiencias [...]; que es una naturaleza nerviosa y apasionada de suyo; que por lo mismo quizás sea vehemente cuando elogia y sin miramiento y duro cuando se propone deprimir; que se caracteriza por cierta desdeñosa despreocupación y ligereza, por donde le vienen sus mayores faltas y sus cualidades mejores, así como la gracia, la facilidad, el chiste, la intención, que fuerzan a sonreír a cada paso o arrancan de cuando en cuando francas carcajadas; que tiene talento y verdadera afición a las letras.

---

<sup>17</sup> <sup>17</sup> De paso dejó sentado que «de 1883 acá [1888], las obras literarias más importantes escritas por cubanos son los *Estudios críticos*, de Rafael María Merchán; los *Poetas famosos del siglo XIX*, de Enrique Piñeyro y los *Estudios Literarios y Filosóficos*, de Enrique José Varona.

Sanguily le daba a Bobadilla una lección singular al tomarlo como centro de lo que era una verdadera crítica: ejemplo de equilibrio, valoración serena, balance mesurado, justas intenciones. En realidad, en Escaramuzas no todo era negativo; ni siquiera podían ignorarse las confesiones del propio autor, donde explicaba algunas de las deficiencias que después le señalaron. Acerca de la superficialidad de ciertas cuestiones tratadas, en una «Carta abierta» que dirige a su cuñado y que aparece ubicada en el volumen antes del prólogo de Clarín, el cardenense confiesa: «Sé que mis artículos pecan de ligeros y desmañados. Mi pluma es de las que corren espontáneamente sobre el papel y mi ingenio [...] gusta más de las frivolidades y de las cosas del momento que de las graves reflexiones». Agrega: «Escribo siempre, o casi siempre, al vuelo. No recuerdo haberme calentado nunca los cascos pensando el asunto sobre el cual debía de escribir. Esto se debe a mi temperamento impaciente y nervioso». Y admite: «Creo sinceramente que no soy crítico [...]; no soy más que un noticiero literario que tiene la franqueza de decir lo que piensa a propósito de lo que lee».

Si hizo tales declaraciones pensando en un efecto dramático para impactar sobre el público, no lo sé. Lo real es que las divulgó y que sirvieron de cómodo recurso a quienes lo criticaron; porque, en concreto, pocas cosas nuevas había que agregar en su contra. De la Cruz exageró en algunos aspectos, pero se justifica su apasionamiento. Lo evidente es que no todos los textos llevaban igual por ciento de virulencia. Nadie negó la justeza de las críticas dirigidas a las poesías de Cánovas o Triay, y si algo hubiera que reprocharle sería la repetición, la circunstancia del ensañamiento. Había allí lecturas interesantes, que además cumplían la siempre útil misión de informar. Tales fueron el análisis del drama de José Echegaray, las reflexiones sobre Sara Bernhardt o los titulados «Hipnotismo» y «Sevilla y Cádiz a vista de pájaro». También nos ofreció dos fantasías exquisitas con «Mis funerales» y



«La momia». Este último fue elogiado hasta por Manuel de la Cruz y José Martí lo mencionaría en 1894 como carta de triunfo.

Quiero señalar en especial la crítica que le hace a Aniceto Valdivia, porque me parece que fue de las más felices. En varias ocasiones Fray Candil enfiló sobre él la fuerza de su estilete, considerando muy deficiente la prosa del Conde Kostia: «Se ha encaramado en el Chimborazo de la metáfora y no hay erupción crítica que lo haga bajar». Esta vez ridiculizó los medallones que, a modo de semblanzas de jóvenes distinguidas publicaba el cronista en *La Habana Elegante*, «donde ha derramado a manos llenas el bermellón de sus metáforas escandalosas» y fundamentó su embestida: «nadie tiene derecho a sacar a una señorita de su casa y exhibirla como novillo de rifa en las columnas de un periódico». Añadió: «No hacemos ningún favor a nuestras paisanas con esos elogios exagerados. El elogio convierte a la mujer en vanidosa y despierta en ellas el amor al lujo, a la ostentación, y si antes no pensaba más que en los quehaceres de su casa, ahora, con tal de ver su nombre en los periódicos, no pierde fiesta por insignificante que sea».

## 5

Los dos títulos siguientes que publica son también ejercitación del juicio: *Capirotazos* (1890) y *Críticas Instantáneas*. El P. Coloma y la aristocracia (1891). Este último es el que menos pudiera interesarnos, por centrarse en un argumento español muy concreto: la novela *Pequeñeces*, que causó escozores en el ambiente literario peninsular, provocando polémicas en instituciones, plazas públicas y cafés. Casi todos los diarios hablaron de ella y *El Herald de Madrid* habilitó una columna para recepcionar opiniones al respecto. Escritores de prestigio como Emilia Pardo Bazán y Narciso Campillo –poeta, crítico y profesor universitario– emitieron sus respectivos discernimientos. Este último protestó por el uso incorrecto que hacía el

autor de la figura de Gari-baldi. Otros le recriminaron fustigar con saña los vicios y desaciertos de la «clase alta» y el narrador Juan Valera estimó que la obra «revuelve la inmundicia [...] para que el hedor llegue a todas las narices» y le reprochó «la promiscuidad, la endiablada combinación de lo histórico y lo fingido».<sup>18</sup>

---

<sup>18</sup> <sup>18</sup> Juan Valera: «Pequeñeces. Currita Albornoz al padre Luis Coloma», p. 838.

# CAPIROTAZOS

(SÁTIRAS Y CRÍTICAS)

POR

FRAY CANDIL

(EMILIO BOBADILLA)



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO PÉ

*Calle de San Jerónimo, número 1.*

1890

Por su parte, el cubano, siempre a la expectativa del ámbito cultural que lo rodea y propenso a inmiscuirse en cualquier hecho que suscite estridencia, dio a la luz un volumen con sus consideraciones. Comenzó reconociendo lo positivo: el diálogo cautivante por su naturalidad y precisión, la pintura de los tipos, el medio ambiente, por ser un estudio directo de la realidad. Pero le censuró el estilo desgarrado, la sintaxis caprichosa, entre otros aspectos. «Es una prosa descuajaringada, algo curialesca, [...] no desprovista de lozanía y vigor, de agilidad y nervio», dice, y más adelante agrega: «El desenlace peca de lánguido y cursi, [...] tiene un olor a sacristía que apesta». Molestó a ciertos lectores su conclusión de que el P. Coloma era un ignorante en la ciencia médica. Desde la prensa, un sacerdote le reprochó: «Según Fray Candil, no se podrá decir en adelante que se ha desmayado una dama, sin tener previo conocimiento de todo el tratado medicinal de los desmayos y atestada la cabeza de fórmulas de farmacopea». El aludido le replicó: «Apéese, padre, y escuche: yo no puedo recomendar semejantes desatinos. Yo lo que he dicho y repito es que todo novelista, antes de meterse en patologías, debe estudiar patología».<sup>19</sup>

En realidad, siempre mantuvo su ojeriza hacia los agentes eclesiásticos. Esa postura, extraña y desventajosa en un país de tan arraigada ideología católica, pudiera tomarse como un abierto desafío a las tradiciones occidentales. Él no lo esconde, lo divulga sin miedo:

A mí me revientan los curas, cualquiera que sea su jerarquía, porque se me antojan redomadamente hipócritas ridículos. No hay sino verlos por las calles en un día de viento con la sotana inflada y la teja de medio lado. Tengo para mí que la mayoría del clero ni sabe nada ni estudia nada, como no sean libracos de absurda teología. Con todo y con eso, ellos en todo se meten. Todo lo fiscalizan

---

<sup>19</sup> Ambos fragmentos los he tomado de *Triquitraques*, 1892, p. 45.

y se ponen furiosos contra aquellos que, como yo, no comulgan con ruedas de molino ni con nada.<sup>20</sup>

Capirotazos (1890) no se aparta en demasía de su estilo y postura temperamental. En las palabras introductorias les resta importancia y seriedad a sus propias producciones; y se refiere a los «censores cubanos que me tildan de quisquilloso y me echan en cara el tono agresivo con que suelo responder». Proclama, arrogante e irrespetuoso como siempre, que «las tales critiquillas me tienen sin cuidado. No me quitan el sueño ni el apetito». Y concluye burlándose de cualquier posible inconformidad que pudieran exteriorizar sus potenciales lectores. Lo hace con la acostumbrada actitud suya de irreverencia y desfachatez:

¿Hay verdades en estas páginas? Lo siento, pero no puedo llorar. ¿Hay errores, que sí los habrá a granel? ¿Quién los hubiera advertido a tiempo para enmendarles! ¿Hay gracejo? Que lo digan los apaleados. ¿Hay amargura, laxitud y hastío? Yo no tengo la culpa de que en el medio social en que me agito la vida se arrastre como una serpiente vieja y moribunda.

Su cuaderno enaltece a afamados escritores españoles. A Clarín lo ratifica de ingenio sagaz y punzante crítico. Fustiga a la Academia de la Lengua y a ciertos académicos, aunque salva tres nombres: Juan Valera, Ramón de Campoamor y Marcelino Menéndez y Pelayo. Celebra a Benito Pérez Galdós: «el primer novelista español contemporáneo», a la vez que le señala que «escribe de prisa, de mala gana, sin preocuparse poco ni mucho de la forma». Elogia a Emilia Pardo Bazán en la página 391, después que en la 18 calificara de insípido un cuento suyo «que pasa de

---

<sup>20</sup> <sup>20</sup> Ibídem, p. 44

tonto». Otros colegas peninsulares tampoco salen bien parados. Anota que Zorrilla no es un buen poeta, superado –a su juicio– por Espronceda. Cree que Emilio Castelar «carece de eso que Zola llama el sentido de lo real». Alude a Manuel Cañete con desprecio: «ese La Harpe injerto en Brunetière traducido y echado a perder».<sup>21</sup>

Impacta cuando confiesa que el norteamericano Edgar Allan Poe le aburre; y sorprenden aún mucho más sus breves alusiones a escritores cubanos, puestas en el papel como quien quiere decir y no, de pasada. Así, en un artículo donde califica de «prolija y ligera» cierta reseña de Rafael María Merchán sobre el movimiento intelectual habanero –«Parece una serie de gacetillas, de noticias arrancadas a un folletín de Fornaris»–, hace una discreta retractación al referirse a Varona: «a quien yo, no por haberlo combatido, en justa defensa, niego talento y saber». Desde La Habana, Manuel Serafín Pichardo –que ha visto el libro– suspira aliviado: «Veo con gran complacencia que rectifica V. su juicio acerca del que es hoy nuestra principal figura intelectual [...] a quien restituye V. su pedestal de gloria».<sup>22</sup>

Ese es Fray Candil: enérgico, impulsivo, belicoso; pero capaz de rectificar, si comprende la magnitud de su error. Su retroceso en tal sentido casi nunca es abierto del todo, más bien lento, parcial, a cuenta gotas. Pero es. Y en este caso, para que prosiga el mea culpa habrá que esperar dos años, por lo menos.

## 6

Con Triquitraques (1892) cambia casi todo y parece que llega un Fray Candil algo diferente. Lo primero a poner de relieve es que ahora llama a Varona «notabilísimo crítico americano»; y más avanzado el cuaderno, al establecer una

---

<sup>21</sup> Se refiere a dos importantes críticos franceses: Jean Francois de La Harpe (1739-1803) y Fernand Brunetière (1849-1906).

<sup>22</sup> <sup>22</sup> Manuel S. Pichardo: «De Cuba a la Metrópoli. Cartas a Fray Candil III».

comparación entre este y U. González Serra- no, ilustre intelectual español en esa época, afirma que su coterráneo «es más lógico y austero en el pensar», aunque admite que el otro resulta a la postre «más sugestivo, menos cerrado, tiene la manga más ancha». Es una lástima que, en el caso de Enrique Piñeyro, existan apenas muy ligeros avances. Afirma que nunca le ha regateado inteligencia y cultura, pero lo considera un escritor «de poco vuelo». Estima, entre otras cuestiones adversas al gran estudioso cubano, que como estilista queda muy por debajo de Juan Valera en la Península y de Ricardo Delmonte en la Isla.

En la Revista de España, el escritor Julio Puyol Alonso –devenido más tarde ingente medievalista– reseñó la obra y admitió que «en su estilo fluido y natural resplandecen la gracia y la espontaneidad». Rechazó que en los juicios del cubano se descubra malevolencia o ironía «pues no creemos que se pretenda hacer pasar por tal cosa el gracejo que se observa en sus frases» y concluyó afirmando que «el libro es de los que se leen con singular agrado porque no solamente hace oxígeno a la literatura [...], sino porque no sucede con él lo que con tantos otros que no dejan en quien los lee más que la impresión de cansancio que producen en la retina las letras de molde». Alabó el texto, a pesar de que ahí el autor emite sentencias polémicas sobre la literatura peninsular, como decir que los líricos de los siglos xvi y xvii no son «santos de su devoción» y que Garcilaso, en particular, le parece «frío y monótono».

La sorpresa mayor que se recibe con la lectura de este nuevo volumen es la evidente caída de algunos de los que siempre fueron ídolos para Fray Candil. Ayer los tenía por el cielo y hoy son empujados por él hacia el más profundo abismo. Tal es el caso de Emilia Pardo Bazán, a la que en otro tiempo no muy lejano colmaba de elogios. En esta ocasión le atribuye total carencia de ideas profundas y de hondos sentimientos en sus obras. Añade, además: «Dice vulgaridades impropias de su ingenio; dibuja tipos anodinos, borrosos, y escoge asuntos nada interesantes para sus novelas». Más adelante llega casi al insulto, tratándola de una forma

injustificadamente grosera: «Es como la vieja de los charcos: en todo se mete. No hay entierro en que no lleve su vela correspondiente, las más veces sin que se la den».



*Leopoldo Alas*

Clarín.

El hecho conmovedor por excelencia fue el enfrentamiento con Clarín, a quien Bobadilla debía tanto. Daba fe de ello la ayuda ofrecida por el español cuando el cubano llegó a Madrid, recomendándolo a los redactores de diferentes órganos de prensa y la reseña elogiosa que hiciera en 1887 sobre su libro *Reflejos...*, inserta en *Madrid Cómico*, en la cual confesaba que leyéndolo «se ve que, a Dios gracias, en nuestra hermosa perla antillana [...] no faltan libritos buenos, ni quien sepa



distinguir a los tontos de los discretos».<sup>23</sup> Después vino el prólogo para Escaramuzas (1888), repleto de frases apologéticas. El favorecido correspondió más adelante dando a la publicidad un escrito que celebraba la salida de Mezclilla, volumen firmado por Leopoldo Alas, y resaltando los méritos de su protector y amigo sin tapujos: «Hay que convencerse [...] Clarín es el escritor satírico de más ingenio y saber que ha habido en España».<sup>24</sup>

En apenas un trienio se tronchaban los lazos fraternos. Según parece –y es lógico aceptar– fue el asturiano el primero en propiciar un motivo hostil en una de sus crónicas, al confundir el seudónimo del cardenense con otro parecido: Fray Gerundio –perteneciente a un eclesiástico que lo acosaba– y referirse a él con todo el peso de su ironía corrosiva. El autor de «¡Adiós, Cordera!» admitió: «Una chifladura mía, que confieso [...] ha servido para que Bobadilla se colocara respecto de mí en esa situación que prefiero por lo franca, desembarazada y compatible con sus escrúpulos críticos».<sup>25</sup> Esto afirmó el peninsular a principios de 1892, cuando ya el rompimiento era certeza ineludible. El involuntario equívoco trajo consecuencias funestas.

Los violentos ataques de ambas partes fueron subiendo de tono con celeridad. Alas, al pie de uno de sus «Paliques» en *Madrid Cómico* –convertido, de hecho, en el centro de la polémica– colocó algunas cuartetas burlescas e hirientes: «Pensé criar otra cosa / y estaba criando un cuervo; / me quiere sacar los ojos, / grazna porque no lo dejo». Su contrincante replicó con otro escrito injurioso y sarcástico: «Adiós anciano», que, evidentemente, parodiaba el título del agraciado relato de su rival. La tensión aumentaba sobre la base de esos disparos públicos y la prensa servía de marco al escándalo beligerante. Hasta un límite: el 21 de mayo de ese año, los

---

<sup>23</sup> Narciso Alonso Cortés: «Clarín y el *Madrid Cómico*», p. 8.

<sup>24</sup> *Ibíd.*, p. 10.

<sup>25</sup> <sup>25</sup> Clarín: «Paliques», *Madrid Cómico*, Madrid, 23 de enero de 1892, p. 6.

contendientes llegaron a protagonizar un duelo, suceso nada extraño para la época y cuyos detalles ya ofrecí antes.

Ahora, en Triquitraques, Fray Candil aprovechaba la oportunidad para denigrarlo. Lo difamó a su gusto y con saña en distintos momentos del libro. Le dedicó un artículo especial: «Clarín, histérico (Estudio patológico)»; otro a su más reciente obra narrativa, con título homónimo: «Su único hijo». En ambos abundaron los golpes sin piedad. Alas debió erizarse ante aquella sarta de frases irónicas y virulentas. Su rival le negaba temperamento de novelista, atribuyéndole «falta de sensibilidad exquisita y [de] la plasticidad imaginativa que se requieren para el caso»; califica a La Regenta de «fastidiosa»; lo proclama «prosista espartoso»,<sup>26</sup> retorcido y laberíntico»; lo acusa de imitar a Flaubert y le dedica epítetos tan cortantes, como quizás nunca hiciera con alguien:

Clarín tiene una ambición desmedida; quisiera ser el primer escritor del orbe. Clarín goza mordiendo al prójimo. ¡Se ha metido hasta con el Papa! Clarín se cree superior a todos los literatos españoles, como Dante, según Lombroso, se consideraba superior a sus contemporáneos. Pero Dante era Dante y Clarín es pe...dante. Para él nadie tiene sentido común ni sabe nada. [...] a causa de su hiperestesia, salta como res picada por tábano cuando alguien le censura.

Perdón... pero, ¿no había mucho de él en el retrato que hacía del que antes celebraba como amigo y ahora insulta como al más vulgar adversario? (Ironías: ese mismo año, Manuel Márquez Sterling proclama a Fray Candil «El Clarín de Las Antillas»,<sup>27</sup> legitimando las semejanzas entre ambos). Por lo demás, Triquitraques

---

<sup>26</sup> Como no aparece registrado este vocablo en los diccionarios, ignoro si se trata de un error tipográfico (trocada la *r* por la *n* de espantoso) o si es un neologismo, uno de los tantos que traía a su escritura el ingenio de Fray Candil. *Esparto* es una planta gramínea con hojas muy duras y tenaces, según recoge el DRAE.

<sup>27</sup> Manuel Márquez Sterling: «Fray Candil (Emilio Bobadilla)», *Menudencias*, p. 19.

también cargaba con algunas cosas del otro Bobadilla, el que jamás retrocedió, ni en su parte buena ni en la mala. Dedicó espacios a Federico Balart y a Vital Aza. Al primero lo destroza, al segundo lo aplaude como si fuese un genio de la poesía. Vuelve sobre Galdós para afirmar que su procedimiento narrativo ya resulta anticuado por ser el mismo que utilizaron Dickens y Balzac. (No le faltaba cierta razón, si se observan las técnicas narrativas finiseculares más evolucionadas del momento). Por último, incluye un texto de despedida al crítico Manuel Cañete, muerto un poco antes. Ni siquiera esta vez lo perdona: «No nos aflijamos, que la pérdida literaria no es grande, ni con mucho».

7

En el siguiente trienio salen a la luz otros dos libros suyos: *Solfeo* (1893) y *Baturrillos* (1895). Ambos reafirman la línea pautada por Bobadilla en *Triquitraques*. Pudiera decir yo: más de lo mismo. El primero trae un sustancioso prólogo de U. González Serrano, con juicios suyos muy formidables sobre el autor de los artículos. «No es susceptible de enmienda: sigue en sus trece –anota el estudioso español–; se conoce que no gusta de la guayaba de su país, prefiere la mostaza». Destaca que para el cubano, «el crítico ha de ser cirujano que no solo corta, sino que raja. [...] No entiende de aglutinantes; prefiere cortar a desatar los nudos»; y formula una hipótesis discutible al considerar la severidad de sus juicios: «nos parece fecunda cuando la aplica a los de arriba; y se nos antoja cruel e inmerecida cuando la emplea en las más oscuras medianías».

En este cuaderno de 1893, Fray Candil hace lo de siempre: agrupa los mejores trabajos suyos publicados en la prensa. Se leen textos dedicados a Alexander Pushkin, a Guy de Maupassant; y también a figuras que por lo general nunca se apartan de su quehacer periodístico: Echegaray, Pérez Galdós, la Pardo Bazán y

Federico Baralt. A este último dedica frases colmadas de ironía: «Se me antoja una cómoda vieja bien barnizada. Mientras no se le mueve, tan campante, da su golpe. Pero en cuanto se le toca, empieza a vomitar cucarachas y polillas». Dedicó otro pasaje a lamentar la muerte de un coterráneo, el orador autonomista Miguel Figueroa, nacido en Cárdenas, como él. En un momento del cuaderno aparece una excusa personal, que se vuelve más bien un subterfugio quejumbroso: «Mis censuras no obedecen, como algunos malévolos suponen, a momentos dolorosos del hígado, a insurrecciones enfermizas de los nervios».

**FRAY CANDIL**

(EMILIO BOBADILLA)

# SOLFEO

(CRÍTICA Y SÁTIRA)

CON UN PRÓLOGO

DE

**U. GONZÁLEZ SERRANO**



**MADRID**

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO

SUPLENTE DE CÁMERA DE S. M.

Don Evaristo, 8

1893

Baturrillos repite el mismo bufet de otras veces. Aunque en esa fecha vive ya en París, los trabajos incluidos –salvo uno, consagrado a la cantante francesa Yvette Guilbert–<sup>28</sup> responden a su anterior atmósfera madrileña. A sus páginas –apenas cuenta con 78, el volumen más corto entre sus compilaciones– vuelven los sucesos culturales cotidianos y las personas que los protagonizan. Del conjunto sobresale un artículo excepcional: «Varona». Al fin cumple Bobadilla con la deuda de hacer justicia al erudito compatriota. Con mesura y respeto habla de él, reconociendo «que estudia por amor a la ciencia; investiga, reflexiona, sin preocuparse del aplauso efímero». Admite que escribe bien; que, además de la filosofía, cultiva la crítica literaria, el periodismo político y los temas filológicos. Y en referencia al positivismo como corriente, asegura: «No sé de nadie que haya expuesto en América con tan sólido saber y método tan riguroso [...] ideas a las cuales se muestran generalmente hostiles la mayoría de los que hablan y escriben en castellano».

Pero en el lapso que media entre un libro y otro, sucede algo interesante. José Martínez Ruiz –aún no se aut nombra Azorín– publica en 1894 un volumen: *Buscapiés*, que inicia con un artículo apologético sobre Fray Candil: «Es, acaso, el único que hoy representa en la crítica española el elemento sano, vigoroso, las nuevas y potentes energías de nuestras letras, en contraposición de lo ruinoso, de la literatura carcomida y añeja».<sup>29</sup>

---

<sup>28</sup> Una evidencia concreta de que, dondequiera que se encuentra Fray Candil siempre está al día, es este artículo sobre Yvette Guilbert (París, 1867-1944), la primera intérprete musical sobresaliente dentro del teatro de variedades en ese período conocido como Belle Époque. Se le considera la creadora de la canción recitada. Ella sería a la sazón lo que medio siglo después significaría Edith Piaf para el escenario artístico de la Ciudad Luz. Bobadilla disfruta de sus actuaciones en la etapa inicial de su carrera (1894-1895); entonces la proclama «chansoneuse por excelencia» y la retrata así: «mujer de edad indefinible. [...] alta, enjuta y fea; [...] la boca, redonda y pequeña, untada de carmín, semeja una herida que sangra; desgarrada en el andar [...]; de una blancura melancólica de carne de pez de río». Sin embargo, admite que «se transforma cuando empieza a cantar. Su cara se esclarece por una sonrisa maliciosa; sus ojos se avivan y hasta su cuerpo se elegatiza y contornea».

<sup>29</sup> <sup>29</sup> Azorín: «Fray Candil», *Buscapiés (sátiras y crónicas)*, p. 20.



La crítica literaria cubana del siglo xix llegó a su máximo esplendor durante el último cuarto de la centuria. Pero esa valoración no incluye magnitud complaciente. Hay en sus manifestaciones concretas muchas imprecisiones, porque diversas son las fuentes nutricias que influyen sobre el talento criollo, cuya formación personal parte también de escuelas y mentores heterogéneos. Si bien el positivismo será la corriente predominante, no puede considerarse factor absoluto, pues abundan las posturas eclécticas dentro de las cuales se destacan las pinceladas impresionistas. De modo que aquí no ha de pensarse en encontrar juicios incontaminados, sino más bien confluencias, amasijos ideoestéticos, rivalidades conceptuales y, en algunos casos, actitudes contradictorias.

Hay un grupo de nombres descollantes: Enrique José Varona, Enrique Piñeyro, Manuel Sanguily, Rafael María Merchán, Manuel de la Cruz, Aurelio Mitjans, José de Armas y Cárdenas (Justo de Lara)... El asunto se complejiza cuando sumamos a poetas destacados del período: José Martí, Julián del Casal, Diego Vicente Tejera...; y más aún si agregamos a prosistas relevantes: Ramón Meza, Nicolás Heredia, Martín Morúa Delgado. En ese mismo conjunto entran otras dos figuras polémicas que, por obvias razones, recibirán una atención mayor en estas páginas. Me refiero a Emilio Bobadilla y a Aniceto Valdivia, ambos con seudónimos literarios que los identificarían definitivamente dentro del ámbito intelectual de la colonia: Fray Candil y Conde Kostia.

Entonces el panorama genérico representaba un mosaico con matices extremos que iban desde Piñeyro, con remedos románticos y clasicistas, hasta Mitjans o Justo de Lara, con tendencia academicista. En medio de ese embrollo, destacaban las confesiones profesionales. En 1883, Varona acuña una proyección metodológica: «hay que reconstruir los tiempos y la sociedad en que floreció el personaje para colocarlo en su medio natural, contemplarlo a su verdadera luz y poderlo apreciar en su genuino valor y en toda su significación». Seis años más tarde, Sanguily reconocía que el propio fundamento de los juicios literarios resultaba «variable y movedizo», provocando «radicales discrepancias y constantes controversias»; y acto seguido emitía un aserto que conlleva contradicciones: «En mi concepto, toda crítica es científica o no es crítica y [...] como cualquier obra humana, es eminentemente personal o subjetiva». Mitjans, por su parte, parece dirigirse a un colega específico cuando escribe en 1893: «Hay críticos que, como ciertos moralistas empíricos, quisieran que cada autor se disolviera, como ciertas sales en ciertos ácidos, para reconstruir ellos después conforme a no sé qué prototipos que llevan en la mente, como dechados de todas las perfecciones».

He puesto solo tres ejemplos de la diversidad razonadora. Bastan para advertir sobre la polémica realidad. El por ciento mayor de voces sigue a Herbert Spencer, propugnador de un evolucionismo mecanicista, y al francés Hipolite Taine, quien preconiza la necesidad de considerar tres elementos básicos para el análisis: la raza, el ambiente y



el momento; lo cual concedía preeminencia a las costumbres, a las características culturales y a las circunstancias históricas. Pero un gran porcentaje se servía, además, del impresionismo, inclinación a la que no escapaba ni siquiera Martí; y un mínimo se acomoda a la denominada crítica satírica, con acentuada proclividad hacia el enjuiciamiento destructivo de las obras, lo cual, a la postre, era considerado un ejercicio de negatividad. En esta línea se incluían periodistas como Francisco de Paula Coronado, Juan Martínez Villerga –un español radicado en la Isla– y Emilio Bobadilla. Desde luego, ninguna de esas tendencias se salvaría del lastre que implicaban las normas preceptivas peninsulares, con sus anacrónicos recursos retóricos, puestos al uso desde el siglo xviii.

Nada impidió el florecimiento de nuestra crítica. Lo ponen de manifiesto un conjunto de títulos publicados dentro del período, muestrario de una labor emparejada con el ensayo, género que comparte esos textos en múltiples ocasiones. Algunos ejemplos: Estudios y conferencias de historia y literatura (1880), de Enrique Piñeyro; Estudios literarios y filosóficos (1883) y Artículos y discursos. Literatura, política, sociología (1891), los dos de Enrique José Varona; Estudios críticos (1886), de Rafael María Merchán; Estudios literarios (1887) y Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba (1890), por Aurelio Mitjans; Reseña histórica del movimiento literario de la isla de Cuba (1891) y Cromitos cubanos (1892), por Manuel de la Cruz. Son únicamente los principales. Esa labor editorial fue secundada por las publicaciones periódicas que, desde Revista de Cuba (1877-1884),

pasando por Revista Cubana (1885-1894) hasta La Habana Elegante (1883-1896), Hojas Literarias (1893-1894) y El Fígaro (1895 en adelante), nutrieron de continuo sus páginas con abundantes trabajos de esta índole.

## 2

Era necesario ofrecer el panorama anterior –aunque brevísimo y sintético– para demostrar que la labor ejercida al respecto por Fray Candil durante su período hispánico, quedó rezagada, muy lejos de lo que pudiera considerarse vanguardia, entendido este concepto en su acepción general y no como tendencia artística y literaria. Los de la Isla habían asimilado lo novedoso, lo mejor del pensamiento europeo. No escatimaron en sus lecturas y se armaron de los instrumentos más modernos para pertrechar sus razonamientos con recursos científicistas del día. Razón total tuvo Sanguily en 1888 cuando, al recepcionar Escaramuzas, expresó acertadamente que el libro era

fruto reciente de una vieja escuela; [...] obsoleta en casi todas partes, menos en España, donde siempre es nueva, donde se perpetúa lozana, como una planta que ha encontrado terreno propicio y apropiado. [...] pudiera apellidarse a esta escuela –hoy al menos muy española y bastante dominadora en la Isla de Cuba, pues

que en ella se ha formado, si bien bajo la influencia casi exclusiva de libros de la Península, nuestro Fray Candil- por su escasa o ninguna psicología, [...] por carecer de verdadera base científica, escuela literaria, y por su absorbente atención y cuidado del lenguaje, escuela formalista; escuela de juicios de pormenor.

Con agudeza le ha dicho que su método resulta anticuado, que Madrid -tan relativamente cerca de Francia por la geografía- se sitúa a distancia inconmensurable de París, en atención a los adelantos culturales. Mientras en esta reinaban las ideas de Taine, de Emile Faguet y otros aventajados en el pensar, allá primaban los consejos de Manuel de la Revilla y de Leopoldo Alas, los dos críticos de más consideración en el orbe, pero ambos atascados por la retórica académica, sin ánimo de darle franca y oportuna entrada a la modernidad. Solo en las postrimerías del siglo apareció una pluma que avizoraba un cambio en el análisis: Marcelino Menéndez y Pelayo, personalidad inteligente, puesto bien pronto en el camino de la erudición. Pero la omnipresencia de Clarín - Revilla había muerto desde 1880- obstaculizaba la posibilidad de una inevitable democratización en el terreno literario.

Es evidente que por este tiempo los modelos de Bobadilla han estado en la Península y, en primer término, Clarín, cuyos «Paliques» -brevísimas pinceladas críticas con punzante contenido satírico, publicadas en los periódicos españoles- habían influido bastante en la conformación de los «Baturrillos» que el cubano regaba en las páginas de esos mismos

diarios. Que más adelante un encontronazo entre ellos los condujera a una inevitable rivalidad, no fue óbice para que el autor de Triquitraques cambiara su rumbo. Había comenzado esa ruta en La Habana, muy joven aun, en el clima vanilocuente de periodiquillos humorísticos y guazones que hacían del chascarrillo y la charlatanería chismosa el centro de su labor publicitaria. Es indudable que la atmósfera de diversión y cotorreo pueril cautiva a las personas en edades tiernas, principalmente a aquellas con atributos caracterológicos muy especiales.

Cuando Bobadilla se fue a Madrid halló un ambiente favorable a lo suyo. Clarín lo reafirmó en 1888 en el prólogo a Escaramuzas, refiriéndose a la llegada del cubano: «se encuentra con que la atmósfera [...] es aquí muy parecida a la que deja en su tierra»; y caracterizando, según su juicio, el ámbito cultural habanero, agregó: «deja además una plaga (para encontrarse aquí con otra que debe parecerle la misma) de poetas hueros y cursis y de prosistas insulsos, que hacen períodos cervantescos como quien hace alambres o huevos hilados; deja muchas preocupaciones disfrazadas de ciencia, erudición, seriedad, parsimonia, clasicismo, etc., etc».

Cuatro años más tarde, en carta a Julián del Casal, el poeta andaluz Salvador Rueda refería idéntica pobreza intelectual al arribo de Darío a aquella ciudad:

Rubén está desgastado en este que no puede llamar centro poético: vio a Madrid desde América y tenía la corte para él el azul de la distancia: así que llegó [...] se encuentra a los viejos todavía encastillados en la oda pimplea, hueca y estúpida; quiere penetrar en la generación nueva [...] equivalente a la de Vds., y no la encuentra (salvo algún ejemplar raro); busca atmósfera de arte y se baña en un ambiente de hielo; [...] aquí no hay ni entusiasmo, ni atmósfera literaria ni cosa que a eso se parezca.<sup>30</sup>

Así convenían dos personalidades de prestigio intelectual en la Península. Clarín, por su parte, celebraba al autor de *Mostaza*: «deja muchos enemigos que le motejan de frívolo, superficial y otras lindezas [...] porque no escribe mal». Entiéndase cuánta repercusión debió tener en Bobadilla este espaldarazo que le confería Leopoldo Alas. Primeramente halagaba su vanidad, cata-logándolo como escritor serio, y en calidad, por encima de los criollos que impugnaban su labor; en segundo término, desestimulaba una posible propensión a los estudios científicistas –ventaja que sobre él tenían los de la Isla–; y por último, al referirse a aquella epidemia de es-critorzuelos mediocres, legitimaba el camino para que el otro continuara revolcándose en la misma salsa: el empeño en triturar las menudencias, gazapos gramaticales de escribanos inexpertos –«juicios del pormenor», como apuntara

---

<sup>30</sup> <sup>30</sup> Julián del Casal: *Epistolario*, p. 235.

Sanguily-, siempre conviniendo con los cánones de la anticuada manera española.

Si fuésemos a los orígenes, quizás se encuentre alguna explicación en el deslumbramiento que siempre mostró Fray Candil por Ricardo Delmonte. En múltiples ocasiones celebró su obra, situándola por encima de los contemporáneos, y no creo que haya sido solo por disminuir a figuras como Varona o Sanguily. En un momento dado llegó a remontar su fama a los predios continentales. Sin embargo, su ídolo literario apenas escribía ya sobre la materia. Imbuido de lleno en los trajines autonomistas, dio un giro a su pluma, centrándose en asuntos políticos. Años atrás había causado sensación con un ensayo que todos celebraron por su agudeza y lo correcto del estilo: «El efectismo lírico», publicado en 1866 –entonces Bobadilla tenía cuatro años– y vuelto a difundirse una década más tarde. De modo que no es nada extraño suponer que aquel adolescente inquieto lo leyera, aconsejado por el padre.

Lo que digo es pura especulación, pero sobre bases lógicas. El referido texto era una crítica al poemario de Saturnino Martínez –a quien después el cardenense atacó sin piedad mil veces– y al prólogo laudatorio que le hiciera Juan Martínez Villergas. El ensayo de Delmonte condenaba «un estado anormal, una especie de epidemia que se manifiesta adulterando y corrompiendo de un modo extraño todas las creaciones del genio artístico y literario» y ponía de manifiesto lo que él entendía como «anarquía donde imperan el capricho y la extravagancia

de la competencia por medio de exageraciones y novedades». Dice más: «El objeto es hacer efecto, decir lo más nuevo a todo trance»; y no vacila en caracterizar lo que consiguen a la larga: «dar pábulo a su fábrica de metáforas y enriquecer su caudal de adornos, vestimentas y baratijas poéticas».



Caricatura de Fray Candil hecha  
por Conrado W. Massaguer

Desde luego, aunque no lo exprese por lo claro, se trata de un ataque a los exuberantes en el ejercicio metafórico y no excluye a copleros y versistas –nótese la fecha inicial de publicación: 1866– que inundaban periódicos, revistas y tribunas públicas con su cantaleta de versos mediocres. Lo más importante es el tono sentencioso, autoritario con que el ensayista plantea reprimir los tales excesos.

Se me ocurre pensar que el texto de Ricardo Del-monte –tan ensalzado entonces y después– sirvió, además, como plataforma inicial al periodista Bobadilla, que aspiraba a crítico. Lo tomaría como una especie de biblia, un fetiche programático que le venía muy bien para introducirse en el ambiente festivo y zumbón que caracterizaría sus primeros años dentro de la prensa habanera.<sup>31</sup> Sus estudios de derecho –desenvueltos a regañadientes y nunca con fervor consecutivo– y su inmadurez de adolescente ayudaron a que sus capacidades intelectuales se canalizaran por esa vía y no por otra más provechosa, más digna de aplauso. Lo que vino a la postre sería la consagración del vicio. Fray Candil se adentró en ese mundo de permanente combate y de pronto se vio rodeado de gente que compartía sus inclinaciones, como lo fueron Antonio Escobar, prologuista de *Reflejos...*, y Alfredo Martín Morales, prologuista de *Mostaza*. Ambos lo nimbaron con epítetos edulcorantes. No resultaría fácil cambiar el rumbo y renunciar a la aureola que le fabricaban sus colegas y compinches.

---

<sup>31</sup> <sup>31</sup> En su «Coloquio fraileasco» (*Reflejos...*, 1886, p. 270), Bobadilla se refiere a «los versos de Luaces, ese poeta de entonación robusta, aunque bastante tocado del efectismo lírico».



Puede considerarse que para él, en ese sentido, la suerte estaba echada desde La Habana. Irse a Madrid fue como cruzar el Rubicón, con la incomparable ventaja de que lo esperaba un César para protegerlo: Clarín, a quien bien pronto la vida le daría el tiempo prudencial para arrepentirse de su ferviente apoyo al cubano.

### 3

La mudanza a París hacia 1895 va a significar un viraje significativo. El profesor Elías Entralgo se refiere a una carta dirigida a Rafael Montoro en 1895, en la cual Boba-dilla confesaba que el motivo de su partida obedecía a las injurias de la prensa española contra los cubanos, circunstancia que hería su dignidad. Llego a dos conclusiones al respecto. La primera es que no hay fuertes argumentos para dudar de su palabra. La segunda consiste en creer, además, en la existencia de otras razones. Deben estimarse el casamiento con Piedad Zenea, y el saludo de Martí, que enumera los coterráneos amigos residentes en la capital francesa. Ese ambiente, al que quizás ella no era ajena desde antes, pudo influir en el traslado. Lo otro digno de considerarse es la notable diferencia cultural entre una ciudad y la otra. El escritor debió comprenderlo algún tiempo atrás, aunque tal vez sus conexiones con imprentas y editoriales de la Península –que determinaban sus emolumentos pecuniarios– frenaron impulsos y apetencias intelectuales.

Lo que interesa son los frutos literarios consecuentes con el cambio. Vale repasar estadísticamente su trayectoria bibliográfica. En La Habana y hasta 1886, dio a la luz tres poemarios y un volumen de prosa reflexiva. A este último género pertenecerían seis de los siete títulos que publicó durante los ocho años que residió en España. En Francia el balance resultará muy diferente a la larga. Es cierto que aquí permanecerá algo más que un cuarto de siglo; pero no vale la pena esta vez referirse a cantidades –de hecho será superior el monto parisino–, porque lo determinante es la variedad genérica. En ese lapso, Emilio Bobadilla escribe y publica tres novelas y un conjunto de noveletas;<sup>32</sup> pone a la venta dos poemarios, un cuaderno de viajes y otros seis títulos con diferentes autoclasificaciones: «crónicas», «crítica y sátira», «salidas de tono» –son más bien aforismos– o «patología literaria», los cuales, en última instancia, pueden catalogarse como prosa reflexiva.

Insisto: ya el escritor no será el mismo, sin ánimo de llevar el asunto a periodizaciones parciales. En esa transformación, mucho más que la geografía, determinan las coordenadas culturales. Los periódicos españoles no rechazaron sus colaboraciones, pero también otros órganos de prensa europeos aceptaron sus propuestas; como la londinense *Athenaeum* –que le dedicó frases elogiosas–, algunos de Viena y varios de Francia: *La Nouvelle Revue*, *Le Gil Blas*, *Le Figaro*, *La Revue Bleue*, *L'Eclair*, *L'Espagne*, *La Poetique* y *La Renaissance Latine*. Ahora, más que la crítica en sí, da rienda suelta a la crónica, en la cual va a

---

<sup>32</sup> <sup>32</sup> Él las denominó «Novelas en germen», por tratarse de narraciones más breves que las otras: novelas con dimensión mayor, que sobrepasan las cien páginas.

resplandecer su escritura como nunca. En sentido general, su lenguaje parece distinto, resultado evidente de la madurez. Hasta la elección de los temas adquiere un rumbo diferente, tal como si ganara en altura, porque va quedando relegado el desliz de aquella prosa tan propia del artículo volandero.

Alejarse de la península ibérica lo ha llevado a ganar en tranquilidad. Este ha sido para él un mundo bien distante del anterior. A finales de 1901 visita Madrid. Algunos amigos –los pocos que le quedan allí– tratan de estimularlo para que regrese. Él responde: «Aquí volvería a las luchas de antes, a despertar nuevos odios, a rabiar con los directores de los periódicos que juzgaban malos y pornográficos mis artículos». La realidad es que se siente atrapado por lo otro y tampoco ha vacilado en confesarlo con toda honradez:

ya me he habituado a la vida confortable de París, a la soledad de la ciudad inmensa y hoy me encocora que me conozcan hasta en el limpia botas [sic]. Allí estudio, allí trabajo, allí tengo mis amigos (Heredia, Ribot, France, Mirbeau, Montegut y otros) que no me hablan sino de arte, de cosas que me instruyen. [...] Prefiero el retiro del hogar, la comunicación constante con los libros (esos amigos que jamás importunan), el espectáculo de un pueblo culto y escéptico que todo lo ve al través de su ironía melancólica.<sup>33</sup>

---

<sup>33</sup> <sup>33</sup> Fray Candil: «Muecas de España», *El Figaro* XVII (47): 552, Habana, dic. 22, 1901.

influidos por el medio físico y social, por la educación, etc.». En 1911 emitirá una queja, casi lacrimógena, enfilada una vez más contra los enemigos que lo acusan: «No falta quien diga que mi crítica no enseña [...] porque no pongo cátedra, ahueco la voz y abro los ojos manoteando»; y acto seguido suscribirá principios modernísimos: «El verdadero crítico moderno es el que sugiere ideas, el que remueve los cerebros, sin perjuicio de enseñar a su modo».

#### 4

Sin embargo, y pese a todo lo positivo que he dicho sobre el perfeccionamiento en las posturas de Fray Candil, nunca quedó definitivamente abolida la crítica agresiva y caprichosa, la que ya se había convertido en elemento nutricio de su personalidad. Que estos desplantes no constituyeran lo principal en sus libros y ni siquiera ocuparan en ellos el mayor espacio, no niega que existieran, casi siempre con una primera vida en secciones de periódicos. Fiel a su voluntad

---

Los referidos amigos son todos importantes intelectuales residentes en París. José María Heredia Girard (Santiago de Cuba, 1842-París, 1905), autor del poemario *Los Trofeos*, perteneció a la corriente parnasiana. Theodule Ribot (1839-1916), defensor de la psicología experimental; por más de cuatro décadas fue guía del movimiento filosófico francés. Entre sus obras: *Psicología de los sentimientos* (1896) y *Ensayo sobre las pasiones* (1907). Anatole France (1844-1924), destacado narrador francés, condecorado con el Premio Nobel en 1921. Entre sus obras: *Los dioses tienen sed* y *La rebelión de los ángeles*. Octave Mirbeau (1850-1917), narrador francés, cultivador de un realismo que algunos tildaban de violento y grosero. Entre sus obras: *El jardín de los suplicios* (1899) y *Los veintidós días de un neurasténico* (1901). Emile Montégut (1825-1895), crítico, miembro de la Academia Francesa y Caballero de la Legión de Honor de ese país.

seleccionadora, él se empeñaba en incluirlos junto a otros que mostraban una calidad muy superior por su consistencia de materiales equilibrados con buena dosis de información y análisis. Es probable que el autor pensase que sin esas pinceladas sus volúmenes carecieran del elemento punzante que de continuo los había caracterizado; quizás hasta los propios editores, al tanto de la demanda pública permanentemente, le exigieran esa exclusividad.

En *Grafómanos de América* (1902) recoge textos sobre figuras literarias de este continente. De manera que muchos pudieran haberse compuesto con bastante anterioridad y haber visto la luz en épocas distintas y en periódicos de España e Hispanoamérica, particularmente en los que él notifica: el diario colombiano *La Estrella de Panamá* y el peninsular *Madrid Cómico*. En sus páginas, escritores de Guatemala, Uruguay, Argentina o Venezuela reciben sus latigazos contundentes. No menos azotes se llevarán los de Cuba. Habla mal de Federico Uhrbach, de Fernando de Zayas<sup>34</sup> y de Bonifacio Byrne, a quien le recrimina no saber nada de gramática. Trata a Mariano Aramburu de «escritor gárrulo, dogmático, de ideas fósiles» y a Manuel Márquez Sterling –que tuvo la gentileza de hacerle llegar *Tristes y alegres*, su título más reciente– le reprocha: «¿Por qué se ha dejado prologar por Valdivia que es un imbécil, según he probado hasta la saciedad?».

---

<sup>34</sup> <sup>34</sup> Al igual que Uhrbach y Byrne, pero generalmente menos conocido que ambos, Fernando de Zayas (Cayo Hueso, Estados Unidos, 1876-La Habana, 1932) es poeta cubano de esa misma generación. En la emigración se desempeñó como redactor jefe de *El Expedicionario* (Tampa, 1896-1897). Fue una de los poetas incluidos en *Arpas amigas* (1904).

A Raimundo Cabrera lo denigra implacablemente. Le dice que su Cuba y América es un periódico «muy patriotero y muy soso»; y como si fuera poco, califica a Cuba y sus jueces –uno de los panfletos políticos más aplaudidos del siglo xix cubano– de libro «ni mediano siquiera», comparándolo con una «guía de forasteros, escrita en estilo de comunicados». Para el colombiano José María Vargas Vila tiene juicios ofensivos. Admite que no le gustan sus artículos por el tono declamatorio: «¡Esto sí que es hablar de cebollas y salir por puerros! Ese estilo bíblico, sin coyunturas, monolítico, vamos a decir; sentencioso y enfático, ya no se usa. Es tan demodé como el estilo periódico, fastuoso, ahíto de incidentales, de metáforas de relumbrón, a lo Castelar. [...] a la hojarasca verbal une lo rancio del pensamiento».

En los libros que siguen comienza a disminuir la agresividad, consecuencia directa de los cambios espirituales que lo llevan a más estudio, a mayor meditación y raciocinio. La crónica empieza a gobernar sus páginas. Por ejemplo, en *Al través de mis nervios* (1903) aparece un subtítulo puesto entre paréntesis: *Crítica y sátira*. Pero el mismo autor, que no pierde del todo sus antiguas mañas y declara en la introducción que se trata de «un volumen más que entrego a la maledicencia de mis enemigos», ha iniciado el preámbulo con estas palabras: «Abro la gaveta de mi escritorio, en que voy echando las crónicas que escribo au jour le jour para diferentes periódicos de España y América: escojo algunas, las que me parecen menos frívolas». Lo confiesa él mismo: casi todo el cuaderno está compuesto por narraciones cronica-das; y lo que hay de

crítica propiamente se caracteriza por una actitud bastante mesurada, muy lejos de los injuriosos desbarros que ayer caracterizaron su estilo.

Algo muy similar sucederá con *Muecas* (1908), *Con la capucha vuelta* (1909) o *Bulevar arriba, bulevar abajo* (1911). No desaparecen los juicios chispeantes, la opinión a veces caricaturesca sobre un personaje o el destrozo indetenible de una obra menor. Pero en casi todas hay un límite de cordura, de moderación. Claro que Fray Candil no puede perder su trono de rey tiránico, dictatorial, de verdugo que amedrenta a cualquier iluso; y desde el título hasta las palabras introductorias se anuncia un regalo digno de su autor. Admite de buena gana: «Yo demuelo, no construyo; pero entendámonos: si por construir se entiende producir obras de arte, yo las he producido y con aplauso de la crítica inteligente y sordos gruñidos de la envidia. Si por construir se entiende suplir con algo mejor lo que se derriba, también construyo, porque elogio lo bueno, lo que me parece bueno».

Era una hábil manera de proyectarse. Ni sus editores tradicionales ni el público lector habituado a encontrar en los libros suyos esa cuota de picardía y temeridad verbal, renunciarían al disfrute de su escritura, siempre cautivante.

Lo que nunca pudo contener Bobadilla fueron sus furibundos ataques contra el modernismo finisecular y el enfrentamiento sin tregua a las corrientes vanguardistas que se hicieron sentir con inusitada fuerza a principios del siglo xx. Funciona en él la misma tesis que conmueve a casi toda la crítica cubana del momento: la certidumbre de que procurar las fuentes de inspiración en los poetas franceses contemporáneos implicaba alejarse y desdecir de la tradición española. Pero tal ojeriza suya hacia las nuevas tendencias no era privilegio personal. Importantes escritores contemporáneos de habla hispana tampoco veían con buenos ojos esas intrépidas propensiones literarias. Miguel de Unamuno denominó «caramilladas artificiosas» o «puras virtuosidades y tecniquerías» los versos de Rubén Darío. Ramiro de Maeztu juzgó una «tontería» la aventura de «esos mo-dernóforos» a quienes identificó como «los jóvenes de los lirios y de los nenúfares, las clepsidras y las walpurgis». Pío Baroja calificó a esas manifestaciones de «juguete sin importancia».35

En ese sentido, creo que Fray Candil resultó mucho más cruel que otros en sus diatribas. En 1908, desde las páginas de Muecas, con ingente desprecio, llamó a esos escritores «poetambre, bebedora de ajeno, de dudosa sexualidad, que andan por esas revistas de tres al cuarto. Empiezan por estropear el idioma y [...] por jactarse de escribir en un guirigay que ni es francés ni castellano». Considera que ellos expresan «los alambicamientos del alma moderna» y los compara con el «tartamudo que, no pudiendo hablar de corrido, recurre al gesto, a la



mueca, al ademán simiesco». Y no tendrá medida al burlarse de sus acciones: «¡Qué meneos de estilo, qué retorcidas de pensamiento, qué disloque gramatical, qué olor a perfumería barata!».

No aceptaba de ninguna manera al movimiento que contenía la primera renovación literaria continental. En su postura sobresalían las mismas reservas que aquejaban a los positivistas de la Isla: la ruptura con las normas de corrección gramatical y del buen gusto que había establecido el academicismo peninsular. Por eso insistía en protestar con acritud contra lo que él consideraba «la fuga de ideas, el razonamiento incoherente y dogmático, la simulación de una sensibilidad exquisita y alambicada, la incapacidad de ajustarse a la vida real, la persecución de lo raro, de lo extravagante, de lo falsamente pintoresco y lo barroco». En fin, le molestaban todos aquellos elementos infrecuentes que contenían los principales signos de la originalidad americana.

Quizás el mayor despliegue de sus injusticias estuvo cuando aludió a Rubén Darío: «pelafustán jactancioso que imagina realmente ser un gran poeta»; y no experimentó escrúpulos al suscribir la expresión que antes empleara Clarín para bautizar al espléndido cantor de Nicaragua: «sinsonete americano con plumaje parisiense».36 No sería la única víctima suya entre los modernistas. La excepción fue Julián del Casal, tal vez porque los unía una vieja amistad desde los tiempos juveniles en La Habana; o quién sabe si porque la inteligencia del crítico percibió los valores innegables del autor de Nieve. Lo cierto es que nunca lo injurió.

En



























































